
FANTASMAS SIDERALES
KAREL STERLING
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO


KAREL STERLING
FANTASMAS SIDERALES
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Cheryl Burton. — Joven aristócrata inglés, que caprichosamente capitanea la «Asociación de Lucha contra los Fantasmas.»
Leo Salem. — Miembro de dicha sociedad.
Renato Jansen. — Idem que el anterior.
Cristopher Lane. — Propietario de la mansión de Oldcastle.
Susana Taher. — Hija del célebre investigador nuclear Richmond Taher.

PRINTED IN SPAIN
Depósito Legal V. 91 -1959
EDITORIAL VALENCIANA. —VALENCIA



CAPITULO PRIMERO

Cheryl Burton observó con aire distraído la evolución de los negros nubarrones y el movimiento agitado de las ramas de los árboles que circundaban el exuberante jardín. «Un anochecer de los que a nosotros nos gustan», pensó añorando los días, ya lejanos, en los que su indolente inactividad se veía quebrada por la aparición de aquellos casos que conmocionaban a medio Londres y cubrían páginas enteras de todos los periódicos. Cheryl, aristócrata

multimillonario y favorito de la sociedad londinense, atravesaba por el presente un período de calma chica que no le iba en absoluto a su carácter. Gustaba, sí, del ocio entretenido, de las competiciones deportivas, del «bridge» y los saraos; pero siempre que estuviera salpicado del riesgo y la emoción, factores que acudía a buscarlos en otros aspectos de la Vida. La caprichosa profesión a que solía dedicarse, cuando era requerido para ello, le valió diversas reputaciones. Pero a Cheryl le tenía sin cuidado que le tildaran de chiflado o de suicida. Sabíase admirado y con esto tenía suficiente para compensarle de otras habladurías.

Con ademanes parsimoniosos, Cheryl encendió un cigarrillo y regresó junto a la fogata del hogar, donde su amigo y socio Leo Salem, se entretenía leyendo un anuario de caza.

—Endemoniada tarde—dijo removiendo los troncos antes de sentarse—. Apetece pensar en las playas del Caribe o en un amanecer en Honolulú. ¿No se te ha ocurrido la idea de un viaje?

Leo Salem dejó la revista en un estante y cruzó las piernas perezosamente. Era un hombre joven, de treinta años a lo sumo, de cabello rubio y faz estirada. El sempiterno aire burlón de sus azules ojos y la insinuada sonrisa, de un matiz levemente cínico, que animaba constantemente la línea formada por sus delgados labios prestábanle un personal atractivo del que carecían sus demás facciones.

—Una cacería en África, por ejemplo—contestó afirmativamente —; algo que nos saque de este tedio insoportable. Ayer lo comentaba con Renato Jansen. Si esto sigue así tendremos que ocuparnos en otra profesión. El Gobierno no debería permitir que los fantasmas se declaren en huelga. ¿Qué será de Inglaterra cuando la más importante de sus tradiciones se haya extinguido totalmente? Oí hablar algo sobre que Escocia iba a implantar una repoblación fantasmal a fin de que el turismo no se vea privado de su incentivo principal. Y también tengo entendido que Curd Limstron, propietario del Castillo de Limoes, quería presentar una demanda judicial contra nosotros por consideramos culpables de la desaparición de los duendes y las brujas. Afirma que ése es el motivo de haber ganado este año cinco mil libras menos que el pasado, con las visitas de los turistas a su castillo.

Cheryl sonrió la ironía de su amigo.

—En Francia está ocurriendo lo mismo—declaró—. La Sociedad Investigadora de Fantasmas capitaneada por Patricia Aubert asestó la semana pasada el golpe de gracia al descubrir que el duende bicéfalo de Aviñón era un zapatero remendón que le tenía ojeriza al propietario de la mansión por negarse a consentir las relaciones de su hija con él. Era un tipo listo el zapatero; para conseguir sus fines utilizaba equipos

de luz negra, magnetófonos e incluso altavoces que disimulaba entre las copas de los árboles.

—Es curioso que en la mayoría de los casos haya una cuestión sentimental de por medio. Si pudiéramos retrotraemos a los tiempos medievales empleando los medios actuales de investigación comprobaríamos que un noventa por ciento de las leyendas tenían su base en amores contrariados o en infidelidades conyugales. Con el terror que su aparición despertaba, un fantasma podía entrar y salir en cualquier sitio a su completo placer. Apostaría a que la dama en cuestión, y me refiero en general, no se estremecería de miedo precisamente ante un prolongado gemido o el acostumbrado arrastrar de cadenas. Suspiraría de gozo y se tocaría con las mejores galas ante la inminente aparición de «Jonás el Sepulturero» o el «Estrangulado Negro.»

—Hoy en día los motivos son distintos—replicó Cheryl—. Normalmente, los espectros suelen ser sujetos extravagantes que quieren reírse de alguien en particular, como en aquél caso del «Dragón de Chesbury...»

En la puerta sonó un discreto golpear de nudillos. Después penetró James, el ayuda de cámara y mayordomo de Cheryl.

—Un caballero desea verle, señor—informó tendiéndole una pulida bandeja de plata en la que destacaba la blancura inmaculada de una tarjeta de visita.

—Con tu permiso, Leo—Cheryl tomó la tarjeta—. Veamos quién es el humorista que se ha atrevido a desafiar a cincuenta millas de barro y tormenta. Cristopher Lane se llama el audaz impaciente. ¿Qué facha tiene, James?

—Parece todo un señor—respondió el mayordomo—. Viste traje de etiqueta y ha venido en un «Lincoln» convertible.

—Hágale pasar, James—ordenó Cheryl alisándose los pliegues de su elegante batín—.

Nuestro héroe se merece al menos un poco de calor y otro tanto de «whisky».

Un minuto más tarde penetraba en él confortable aposento un individuo de mediana edad, alto y grueso, y con el inconfundible aspecto de los privilegiados por la fortuna. Su ancha faz aparecía coloreada por el frío, y la viveza de su mirada denotaba una inteligencia despierta. Al entrar apenas si reparó en Leo Salem, siendo en cambio toda su atención para con Cheryl, al que indudablemente había reconocido a pesar de no haberle visto nunca personalmente.

—El señor Burton, supongo—saludó con mundana desenvoltura —. Es un verdadero placer para mí conocerle. Espero que me perdonará la enojosa interrupción que les he causado.

—No hable de eso, señor Lane—replicó Cheryl—. Le presento a

Leo Salem, un buen amigo de casa. Tenga la bondad de sentarse.

Cristopher Lane estrechó la mano de Salem y ocupó el amplio butacón indicado por Cheryl. A continuación extrajo su pitillera y ofreció cigarrillos a ambos jóvenes, tomando luego uno para sí.

— ¿Usted, señor Salem, es miembro del equipo que dirige el señor Burton?—preguntó escrutando fijamente a Leo.

Salem asintió con un movimiento de cabeza. El habitual rictus irónico de sus labios se acentuó.

—En efecto, soy uno de los asalariados de Burton en estos menesteres. ¿Viene usted a encargamos algún trabajo?

—Pues sí—respondió Cristopher—. Un trabajo delicado y que se sale de lo corriente. Si he de serles franco he dudado mucho sobre si debía acudir a la policía o a ustedes. Finalmente me decidí por lo último pensando que de este modo evitaríamos toda clase de publicidad al asunto.

—Ha hecho usted bien—en los azules ojos de Burton relució la llama de la aventura—. No es que yo critique o menosprecie la eficiencia de la policía, muy lejos está eso de mi ánimo, pero entiendo que existe una divisoria entre lo que debe y lo que no debe intervenir. Si no hay ningún hecho delictivo por en medio, repugna un poco a la conciencia el empleo de una patrulla de detectives armados hasta los dientes para descubrir el motivo de por qué se encienden misteriosamente una luz o teclea sola una máquina de escribir.

—Exactamente, señor Burton—coincidió Cristopher un tanto impulsivamente—. En lo que yo les vengo a proponer que averigüen no hay ningún indicio palpable de que exista crimen tal y como lo define la ley.

— ¿Ha dicho palpable?—interrogó Leo Salem—. Eso se puede interpretar como que, en apariencia, sí existe.

La cordial expresión de Cristopher Lane se transformó en un leve gesto sombrío. Descuidadamente sacudió la ceniza de su cigarrillo y después se encaró con Cheryl Burton.

—Lo mejor será que les presente el caso y ustedes lo juzguen—declaró—. En las afueras de Londres, a unas siete millas de Gravesend, se halla el castillo de mis antepasados, hoy pertenencia mía exclusivamente. El nombre por el cual se le conoce es Oldcastle y fue construido en 1737 por lady Wildihawen.

—Conozco su historia—dijo Burton sonriendo—. Y también las leyendas con él relacionadas. Una de ellas es que lady Wildihawen murió asesinada por su esposo y a partir de entonces solía verse su espectro condenado a llevar una cinta de terciopelo verde alrededor de la garganta para ocultar la marca de cinco dedos candentes que le originaran el estrangulamiento. Su última aparición data, si mi memoria me es fiel, del año 1945.

—Aquello fue una mojigata de Charles, el jardinero, para tomarles el pelo a ciertos miembros de la Psychical Society que fueron a visitar el castillo—contestó Cristopher—. La broma me costó quinientas libras de indemnización que tuve que pagar a sir Arthur Lemont por un síncope cardíaco que sufrió.

—Se nos perdió una bonita oportunidad, ¿eh Burton?—bromeó Salem—. Hoy en día ya no quedan jardineros como Charles

—Actualmente, Oldcastle está deshabitado —prosiguió Cristopher—, a excepción del aludido Charles que se ocupa de atender las visitas relacionadas con el turismo. Una vez por semana van las mujeres de la limpieza y a intervalos de un año paso allí las vacaciones. Es un lugar sano y confortable. El castillo se halla emplazado en el centro aproximadamente de una extensión de cincuenta millas cuadradas sembradas de bosque. Hay piscina, campos de golf, gimnasio, estanque para remar y un sinfín de instalaciones modernas que ustedes podrán ver si acceden a encargarse del trabajo.

El rápido zigzag de un rayo rasgó la oscuridad del exterior seguido de un prolongado trueno. Gruesas gotas de agua comenzaron a batir los cristales de la estancia.

Cheryl Burton se dirigió al mueble bar y sacó botellas y copas. En su rostro atezado y juvenil se adivinaba la inquietud gozosa de quien se halla a la puerta de lo inesperado y lo desea al mismo tiempo.

—No pudo usted elegir mejor noche para venir a contratarnos—dijo a la vez que escanciaba la bebida en los correspondientes vasos—. En el cine y en la realidad una aparatosa tormenta es el ingrediente obligado para los castillos misteriosos.

Se acentuó la expresión sombría de Cristopher Lane.

—Es posible que ustedes se rían de mí, pero es la tormenta, precisamente, el motivo de urgencia que me ha traído aquí. ¿Sería mucho pedirles que me acompañaran inmediatamente al castillo? Estoy dispuesto a pagar los honorarios que...

—Un momento, señor Lane—cortó Burton—. Aún no sabemos qué es lo que ocurre en Oldcastle.

—Luces que se encienden y se apagan solas, trepidaciones internas, sombras negras que se deslizan por encima de las copas de los árboles y otras cosas semejantes. Pero además, hará un par de semanas me ocurrió un hecho insólito, algo que no me he atrevido a contar a nadie por temor de que me tomaran por loco. Les prometo a ustedes que no soy un hombre cobarde ni creo fácilmente en los espíritus: sin embargo, aquella noche se me erizaron los cabellos y temblé como un niño.

Los cuerpos de Cheryl Burton y Leo Salem se tensaron al oír

esto. Cristopher apuró de un trago su copa y prosiguió.

—Charles me telefoneó a Londres para que acudiera urgentemente, pues, a su juicio, las bromas de quien fuera se habían recrudecido hasta un punto insoportable. Dispuesto a dar un escarmiento me procuró una pistola y en media hora me planté en Oldcastle. Serían sobre las once de la noche. Charles estaba asustado de veras; me contó que la noche anterior había visto un gran resplandor sobre la parte sur del bosque y que, temiendo se hubiera producido un incendio, acudió allí a toda velocidad, encontrándose con que la luz se había extinguido y viendo, en cambio, que el suelo se hallaba removido como si un grupo de gente lo hubiera pisoteado. Intrigado, regresó a la casa viendo con no menos sorpresa todas las luces encendidas. Como es natural apenas pudo dormir, deseando sólo que amaneciera para iniciar sus investigaciones. Al no descubrir nada fue cuando me llamó. ¿Quiere ponerme otro poco de whisky, señor Burton?

Cheryl llenó nuevamente los vasos. La mano de Cristopher Lane tembló al llevarse el suyo a los labios. Cheryl y Leo cambiaron miradas significativas.

—La noche en cuestión, Charles y yo estuvimos merodeando por el bosque a la expectativa de lo que pudiese ocurrir—continuó Lane—. Sobre la una de la madrugada escuchamos un ruido que procedía de la piscina. Pistola en mano, y con el mayor sigilo, nos dirigimos allí. No hubo equivocación en lo que vimos; la luna alumbraba lo suficiente para que todo se distinguiera perfectamente. Sobre uno de los bordes de la piscina se deslizaba un pequeño bulto que habría podido ser una cabra o un perro, pero que no lo era. Le di el alto tres veces por si se trataba de un ladrón furtivo. A la tercera vez, la sombra se detuvo y un extraño centelleo brotó de ella. Disparé sin vacilar. El bulto cayó al agua produciendo el natural ruido. En ese sitio hay una profundidad de dos metros y medio por lo que incluso la luz de mi linterna era insuficiente para iluminar el fondo y ver de qué se trataba. Sólo podíamos distinguir una mancha borrosa entre el verdín allí acumulado. Entonces Charles abrió las compuertas para que la piscina se vaciara. ¿Saben ustedes lo que había dentro?

—Es un poco difícil adivinarlo — contestó Cheryl impaciente—. Dígalo usted.

—No había nada.

La afirmación de Cristopher Lane dejó en suspenso el ánimo de sus oyentes. Un nuevo relámpago iluminó la noche a través de los visillos de la ventana. Esta vez, el trueno pareció quebrar las entrañas de la tierra debajo mismo de la casa.

—Dentro de la piscina no había absolutamente nada—repitió Cristopher con acento preocupado—. La bestia o cosa que cayó al

agua se disolvió por completo mientras Charles y yo veíamos cómo descendía el nivel. Algo inexplicable, señores; inexplicable y aterrador.

Cheryl encendió un cigarrillo.

— ¿Tampoco encontraron huellas de sangre? —indagó. En su voz había una ligera excitación.

—Sangre propiamente dicha, no — contestó Lane—. Sin embargo, en el borde de la piscina vimos unas manchas verdes y viscosas. Todavía están allí.

—La naturaleza no ha dotado a ningún animal de sangre verde —declaró Cheryl pensativo—. ¿Qué piensas de ello, Salem?

—Pienso que tendremos que dejar para más tarde la proyectada cacería de África—replicó Leo—. Según lo ha presentado el señor Lane, el asunto es sencillamente fascinador.

—Entonces... ¿Me ayudarán ustedes?—había una nota de ansiedad en la pregunta de Cristopher—. No me importan los gastos; quiero decir que estoy dispuesto a pagar una cantidad razonable con tal de que esclarezcan el caso. Dos mil libras, cinco mil, hasta incluso diez mil.

—No le cobraremos nada, señor Lane—se apresuró a decir Cheryl—. Nosotros lo hacemos como quien practica un deporte. Sólo le pediremos una completa libertad de movimientos en lo concerniente a las investigaciones. Nada de salones reservados o desvanes prohibidos. Usted nos hará entrega de todas las llaves de Oldcastle.

—Naturalmente que sí. ¿Podrán venir esta noche?

Burton consultó su reloj de pulsera.

—Son los ocho menos diez—dijo dirigiéndose a Salem—. ¿Dónde crees que estará Renato Jansen?

—Con la noche que hace casi es seguro que no habrá salido de casa—replicó Leo—. Llámale por teléfono.

Cheryl se levantó para acudir junto al aparato telefónico. Breves instantes después de marcar el disco, su rostro se iluminó al reconocer la voz que hablaba al otro extremo del hilo.

—Escúchame, Renato—dijo Cheryl—. Se nos ha presentado un caso que puede resultar interesante. ¿Puedes venirte para acá inmediatamente?... ¿Cuánto tiempo nos ocupará? No lo sé, pueden ser unas horas o unas semanas. Más fácil esto último. No, no te traigas demasiado equipaje. El lugar donde vamos a ir se halla a unas siete millas... Salem está conmigo. Date prisa.

Cheryl colgó el auricular y volvió a su sillón. Su mirada se posó en Salem.

—Mientras yo hago compañía al señor Lane encárgate de meter en el coche todo lo que haga falta. James te ayudará a encontrar los útiles de trabajo.

Salem se puso en pie.

— ¿Cuándo calculas que llegará Renato?—inquirió a la vez que contenía un bostezo, signo inequívoco de excitación.

—Dentro de un cuarto de hora, a lo más tardar.

Leo Salem salió del aposento dejando solos a Cristopher y Cheryl. Este escanció nuevamente «whisky» en los vasos y después removió las brasas del hogar.

—Vamos a ver, señor Lane—dijo con su característico acento reposado—: usted se habrá formado una idea más o menos aproximada de lo qué está ocurriendo en Oldcastle; alguna sospecha, algún indicio, algo habrá que permita construir una hipótesis. Nunca sucede una cosa a la que no busquemos su explicación, máxime cuando nos atañe directamente. No importa que la lógica brille por su ausencia; a veces, los razonamientos más disparatados son los que nos conducen a la verdad.

Cristopher no contestó en seguida. A la vez que saboreaba el añejo «whisky» escocés contemplaba sin disimulos al joven aristócrata. Más que el calorcillo confortante de la bebida, lo que más estimuló a Lane fue la tersa y limpia mirada de Cheryl, su hercúlea complexión y el admirable dominio de sí mismo del que hacía gala en cada uno de sus movimientos y actitudes. En su opinión era notable que Cheryl Burton sólo contara veintiocho años. Todo en él, excepto su aspecto físico, hacía pensar en una sabia madurez, en «un estar de vuelta» de todas las cosas. Decididamente había hecho bien en ocuparse por aquella «Asociación de Lucha contra los fantasmas», popular ya en Inglaterra por sus resonantes éxitos.

—En realidad, no me he formado todavía una opinión concreta—contestó al fin—. Son muchas las teorías que han pasado por mi mente y en ninguna me he atrevido a pensar seriamente. Al principio creí lo mismo que Charles. Alguna pandilla de tunantes que me querían embromar. Sin embargo, recapacitando un poco salta a la vista que el asunto es mucho más siniestro de lo que parece.

—Eso quiere decir que está usted comenzando a pensar en lo sobrenatural—una sonrisa irónica aleteó en los labios de Cheryl—. Permítame que le haga un par de preguntas indiscretas. ¿Qué tal es su actual situación económica?

Cristopher no dio muestras de embarazo.

—Diáfana como el agua de un estanque—contestó. Entre valores bursátiles, capital invertido en mi negocio de exportaciones y propiedades rústicas, alrededor de los dos millones de libras.

Si esperaba que Cheryl dejase traslucir la admiración debió quedar defraudado, pues el aristócrata no se inmutó ni poco ni mucho. Entre otras cosas, por la sencilla razón de que Cheryl Burton poseía una fortuna que triplicaba las cifras mencionadas por Lane.

— ¿Quién le heredaría en el supuesto caso de que le ocurriese

un accidente?—volvió a inquirir Burton.

—Nadie, puesto que carezco de familia. Mis bienes pasarían a manos de cinco o seis instituciones benéficas, según tengo dispuesto en el testamento.

Cheryl aplastó la colilla de su cigarrillo en el cenicero.

—Pues no lo comprendo—dijo espontáneamente—. O los sucesos de Oldcastle carecen de sentido... o es que alguien ha descubierto un yacimiento aurífero en sus terrenos y quiere obligarle a venderlos.

Cristopher fue a decir algo pero optó por beberse el «whisky». Tras limpiarse los labios con un fino pañuelo de seda, su mirada pareció cobrar una repentina decisión.

— ¿Y no podría ser que el asunto estuviese relacionado con seres de otro mundo?—preguntó.

Cheryl lo miró receloso. Lo último que habría pensado de Lane es que creyese en los espíritus.

—He intervenido en cerca de trescientos casos—respondió—, y todavía estoy por conocer a un verdadero espectro...

—Al hablar de seres de otro mundo no me refería a los espectros—interrumpió Cristopher poniéndose colorado—. Usted sabe que hoy en día se da por cierto la existencia de platillos votantes. Aquella luz fantasmagórica que brilló en mi bosque, aquel extraño bulto que caminaba por el borde de la piscina, las trepidaciones subterráneas, ¿no son factores que concuerdan con las historias interplanetarias? Usted dijo antes que no existe en la Tierra ningún animal de sangre verde.

Tras pedir permiso para entrar en el aposento, el mayordomo depositó sobre la mesa las ediciones vespertinas de los periódicos londinenses.

Instintivamente, Cheryl dejó vagar su mirada por los titulares que encabezaban las páginas. De pronto, los muelles de su sillón crujieron ante el súbito envaramiento del cuerpo que lo ocupaba.

— ¡Por todos los diablos!—exclamó Cheryl atónito—. Esto sí que es una coincidencia. «En Gravesend han sido hallados los restos de una nave interplanetaria.» ¿No es allí donde está enclavado su castillo?

—A siete millas de Gravesend—contestó Lane con voz temblorosa.

CAPITULO II

El superintendente Bliss, de Scotland Yard, la noticia le causó el efecto de una bomba. Todo su interés por aquel cuento que publicaban los periódicos acerca de una nave interplanetaria hallada en las proximidades de Gravesend se desvaneció como por ensalmo al escuchar la revelación que le acabara de hacer el inspector Charteris afecto al departamento psiquiátrico.

— ¡Pero eso es inconcebible!—exclamó dejando caer su pesado puño sobre el ébano de la mesa—. ¡Cinco casos en un mes y ante nuestras propias barbas! ¿Está seguro de no haberse equivocado?

El inspector Charteris meneó negativamente la cabeza.

—El cerebro de Archie Lovelend está tan «en blanco» como el de sus cuatro colegas—respondió—. Prácticamente tendrá que volver a ser reeducado. Hasta ahora es el más grave de los casos presentados. Hay un detalle escalofriante, Bliss: al profesor Lovelend se le han olvidado incluso los movimientos que tiene que hacer con la boca para comer. De momento se le está alimentando por medio de sondas.

— ¿También tiene la cicatriz?

—Sí. Pero no diría yo que se trata de una cicatriz. Parece más bien una soldadura epidérmica. Fletcher está efectuándole una exploración craneana para comprobar si también le ha sido extirpada materia gris. Desde luego nos hallamos ante una auténtica serie de sabotajes contra la ciencia atómica.

— ¿Ha hecho usted el parte de las actividades últimas del profesor Lovelend?

Charteris extrajo de su bolsillo una cuartilla plegada que desdobló cuidadosamente.

—Es posible que haya algún error cronológico de poca importancia, pero, poco más o menos, lo que Lovelend hizo ayer es esto: a las ocho y media desayunó normalmente en su casa y con su sobrina Susana; desde las diez hasta la una permaneció en los laboratorios Kerrington tratando de resolver un complejo químico derivado de la radiactividad del metano; y a la una y cuarto almorzó, como siempre, en «Margate House»; de cuatro a cinco visitó Oldcastle; a las seis le vieron paseando por Hyde Park; de seis y

media a ocho se pierde su rastro; y a las nueve fue cuando le detuvo el sargento Barry por Newcobms Street, creyéndole bajo los efectos de embriaguez alcohólica.

El superintendente tomó la cuartilla para volver a repasar el horario.

—De seis y media a ocho se pierde su rastro —dijo pensativo—. Aquí es donde puede estar la cosa. Intente por todos los medios puntualizar ese extremo.

En ése momento entró en el despacho Ask Fletcher, especialista en neurología y agregado al cuerpo de Scotland Yard. Tras un seco saludo ocupó una silla encarada al superintendente Bliss.

—El mismo caso que los demás—expuso—. A Lovelend le extrajeron un quince por ciento de masa encefálica. Aparte de ello, su estado es satisfactorio por completo. Yo me permitiría aconsejarles que abandonaran el curso normal de las investigaciones y dieran cuenta del asunto al Gobierno. La gravedad del mismo es tal que escapa a nuestra comprensión.

— ¿Insinúa que, efectivamente, se trata de sabotajes?—inquirió Bliss sumamente interesado.

—Sabotajes imposibles de realizar por el hombre. Ningún cirujano de la Tierra sería capaz de distinguir en un cerebro cuáles son las neuronas y dendritas que ejercen las funciones sobre la memoria. Para nosotros todo es materia gris, sin distinciones. Alcanzamos a saber que cada célula tiene una función determinada, que cada uno de los cinco sentidos está representado en el cerebro por un ejército de dichas células, que el peso total de la masa encefálica está en razón directa de su capacidad en el orden de la inteligencia; pero nada más. Al microscopio todas las células son exactamente iguales. Luego, si a Lovelend, como a los otros cuatro sabios atómicos, le han sido extraídas las neuronas y dendritas que actúan sobre los recuerdos, dejándole intacto el resto del cerebro, es porque quien lo ha hecho posee un conocimiento anatómico extraordinariamente superior al de todos los especialistas del mundo.

—Su teoría no me convence—dijo Bliss—. Si alguien lo ha hecho, es porque ese alguien lo sabe hacer. Científicamente pueden estar ustedes atrasados con respecto a los investigadores de otros países. No estoy muy al tanto de esa materia, pero tengo entendido que cuando Europa y América comenzaban a balbucear en el terreno de la neurocirugía, el ruso Paulov demostró que llevaba veinte años de adelanto sobre sus colegas.

—Es absurda esa comparación—objetó Fletcher—. Mejor diríamos que el caso que se nos presenta está tan desproporcionado en el campo actual de la ciencia como si en pleno siglo quince alguien hubiera descubierto la energía nuclear.

— ¿Entonces?—Bliss alzó las cejas interrogativamente.

—Entonces, mi querido amigo, yo les aconsejaría que derivaran ustedes sus investigaciones hacia los restos de esa nave interplanetaria hallados en Gravesend. No se ría, Bliss; tarde o temprano ha de llegar el día en que habitantes de otros mundos intenten arrancarnos nuestros secretos. ¿Quiere que le haga una confidencia? Desde luego, ni una palabra de esto a nadie. ¿Puedo contar con la absoluta discreción de ustedes?

Bliss y Charteris asintieron intrigados.

Fletcher encendió un cigarrillo. Después de exhalar una gran bocanada de humo adelantó el cuerpo y dijo:

—Hoy precisamente he estado almorzando con Percival Strong, director del Planetario Lowell. Hemos hablado de muchas cosas, referentes casi todas a la astronave de Gravesend. El está convencido de su autenticidad, entre otras cosas, por la sencilla razón de que se ha descubierto que el «Sputnik V» no es un satélite ruso como todo el mundo cree. El objeto que brilla como una estrella de primera magnitud y gira alrededor de la Tierra a una distancia de 150.000 millas no ha sido lanzado al espacio por la mano del hombre.

—Pero los rusos han admitido su paternidad —objetó Bliss incrédulamente—. Lo he leído en los periódicos.

—Los rusos no anunciaron su lanzamiento ni facilitaron el menor dato acerca de él. Solamente se han limitado a callar atribuyéndose un éxito que no les corresponde. Si Norteamérica no ha manifestado disconformidad alguna es porque temen sus organismos oficiales que la revelación de la verdad conmocione al mundo y produzca una ola de pánico. Son contadas las personas que conocen el secreto; quizá en Inglaterra no lleguen a la docena.

Sucedió una larga pausa entre los tres hombres. Distraídamente, Bliss releyó la cuartilla que le facilitara el inspector Charteris.

—Suponiendo que a sus deducciones corresponde algo de verdad—dijo pensativo—, ¿por qué, precisamente, han de ser cinco sabios ingleses los escogidos por esos seres extraterrenos? ¿Por qué no rusos y norteamericanos?

Fletcher se encogió de hombros a la vez que sonreía irónico.

—Mi querido Bliss, es a ustedes a quienes les toca indagarlo—respondió—. Mi modesta comprensión no alcanza tan alto. Bastante es que he podido iniciarles en algo que posiblemente les ayude.

En aquel instante sonó el teléfono. Bliss descolgó el auricular y contestó a la llamada. Conforme iba escuchando lo que su interlocutor le decía, su rostro fue contrayéndose en un inequívoco gesto de preocupación. Al finalizar la conversación se encaró directamente con Fletcher.

—Es Tillerman, del distrito de Soho—dijo con voz alterada—. Acaban de hallar a Richmond Taher con los nervios desbaratados y medio loco...

—¡Richmond Taher!—exclamó Fletcher atónito—. ¡El Director del Centro Atómico de Cambridge! ¡Dios santo, dónde vamos a parar!

—En su delirio—prosiguió Bliss—, Richmond Taher ha revelado que le atacaron unos extraños monstruos y que le sometieron a una operación quirúrgica en el cerebro. No recuerda más y parece ser que desvaría progresivamente. Tillerman dice que vaya usted sin perder un instante al «Hallarom Hospital».

Fletcher se puso en pie de un salto.

— ¡Esta vez han fracasado!—en su excitación había una incontenible alegría—. Ya tenemos el primer indicio cierto, Bliss. Le telefonearé en cuanto sepa algo.

CAPITULO III

No hay la menor duda de que Cristopher Lane está asustado—dijo Cheryl repasando las conexiones que partían de un pequeño receptor de señales eléctricas—. Lo demuestra el hecho de que no haya querido permanecer con nosotros a la espera de lo que ocurra. Lo que me extraña es que no se decidiese por traer un ejército de detectives particulares cada vez que viene a Oldcastle.

—Anoche no debió dormir nada—declaró Leo Salem observando con ojo crítico el trabajo de su amigo—. Esta mañana tenía los párpados enrojecidos y la voz ronca. Por el contrario, Charles parece mucho más tranquilo. Ahí viene Renato...

Renato Jansen, el tercer miembro de aquella curiosa sociedad, atravesó el amplio zaguán estilo Tudor y penetró en la biblioteca con las manos en los bolsillos y el cuello del abrigo subido hasta las orejas. Era un hombre menudo y desgarbado, de unos cuarenta años de edad y de faz ratonil. Solía ir despeinado y poseía la misteriosa facultad de aparecer siempre como si no se hubiese afeitado en un par de días, circunstancias que no le privaban de frecuentar los más selectos salones de la sociedad londinense. Era rico, sin ostentaciones y distraía sus ocios representando a una importante marca de automóviles, trabajo remunerador que al mismo tiempo le permitía atender ocupaciones más placenteras como el turismo y las carreras de caballos. Algo había en su personalidad que contrastaba rotundamente con las aficiones que le habían llevado a formar parte del grupo capitaneado por Cheryl Burton: el miedo. Renato Jansen sudaba sangre cada vez que se enfrentaba con un nuevo caso. Era chocante verle actuar, siempre el primero en la liza, tembloroso, pálido como la cera y con los dientes castañeantes, a la vez que juraba y rejuraba apartarse de los dramáticos caprichos de Burton y Salem.

Renato se despojó del abrigo, lo sacudió del agua de lluvia que lo impregnaba y se acercó a la estufa frotándose las manos.

—Por un momento creí que me había perdido en el bosque—comentó aliviado de verse nuevamente entre sus amigos—. ¿Cómo han funcionado los detectores, Cheryl?

—El cepo número siete fallaba algo al principio—replicó Burton, dando por terminada su labor de repaso—. Ahora todo va bien. Sólo

nos resta esperar los acontecimientos.

—El primer acontecimiento va a ser otra tormenta como la de anoche—intervino Salem contemplando a través del mirador el anubarrado cielo y la cada vez más intensa lluvia—. Y a propósito, ¿sabéis dónde está el jardinero?

Cheryl señaló una casilla apagada del receptor de señales.

—En su dormitorio—replicó—. Si Charles sale de él lo sabremos inmediatamente.

— ¿Supones que es el autor de los trucos? —inquirió Renato con la vaga esperanza de que así fuera efectivamente.

Burton meneó negativamente la cabeza.

—Le faltaba imaginación para eso.

Desde el sillón en que se hallaba apoltronado, Leo Salem intervino.

— ¿Qué pensáis de los marcianos?—su pregunta, sobre salirse del tema de la conversación, no sorprendió a los otros.

—No está bien que nosotros, descubridores de supercherías, achaquemos a los marcianos los misteriosos fenómenos de Oldcastle —contestó Cheryl encendiendo un cigarrillo—. Sobre todo, teniendo en cuenta que hasta el presente, y llevamos casi veinticuatro horas aquí, no hemos observado nada de particular. Yo me inclinaría a pensar en un desequilibrio nervioso de Charles y el señor Lane; una alucinación conjunta o un deseo de dar notoriedad al castillo.

—Yo no creo nada de eso—dijo Renato. Lo excitado de su voz hizo que Cheryl y Salem se girarían rápidamente hacia él.

Con el dedo tieso como una lanza, Renato Jansen apuntaba a un cuadrante que se había iluminado en el centro del receptor.

— ¡La salida norte!—exclamó Burton no menos alterado. Sus pupilas brillaron animadas por un febril entusiasmo—. ¡Algo o alguien acaba de entrar en el bosque!

Como una exhalación, Salem se dirigió a uno de los ventanales de la biblioteca. Como el aposento se hallaba en el segundo piso del castillo, la perspectiva del bosque se distinguía íntegra. Ampliada su visión por unos potentes anteojos, Salem dio cuenta del primer descubrimiento.

—Por la senda de los tilos avanza una luz amarilla. Se dirige hacia aquí.

Renato Jansen rebuscó en sus bolsillos hasta que sus dedos tropezaron con la fría culata de un revólver.

—Este asunto no me gusta nada—dijo estremeciéndose—. Pero es que ni pizca, muchachos.

— ¿Alguna vez hubo uno que te agradara? —inquirió Cheryl burlón sin dejar de mirar el encendido rectángulo.

—No te rías, Cheryl—recriminó el asustadizo Jansen—. El que

no me guste el asunto no quiere decir que tenga miedo. Estoy deseando vérmelas con...

— ¡La luz sigue avanzando!—informó Salem impulsivo—. ¡Ya está casi al doblar el recodo que va al pabellón!

El receptor de señales emitió un doble zumbido que cesó al cabo de unos instantes.

—Las trampas nueve y once han fallado—comentó Cheryl con acento preocupado—. Esto es lo que ocurre siempre, Jansen; funcionan cincuenta y fallan las dos que uno necesita.

—No tengo la culpa—se excusó Renato—. El verificador las dio como buenas.

— ¡La luz se ha apagado!—gritó Salem—. ¿Quién de nosotros va a ir para allá?

—Yo mismo—contestó Cheryl descolgando su impermeable para ponérselo—. Pon atención ahora y dame todas las señales cuando te las vaya pidiendo—añadió dirigiéndose a Renato.

Envuelto de pies a cabeza en el negro impermeable de goma, Cheryl salió de la biblioteca y bajó de dos en dos los peldaños de la escalera que conducía a la puerta principal.

Sentía los nervios vibrar a flor de piel. Tenía el presentimiento de que aquella aventura iba a ser distinta de las anteriores; era la suya una sensación extraña, parecíale olfatear un peligro desconocido, una intriga verdaderamente sobrenatural.

El brusco choque con la negrura de la noche y la helada lluvia sensibilizó sus sentidos al máximo. Resguardándolo del agua extrajo un diminuto radioemisor de transistores.

—Dame la primera señal, Jansen—pidió en voz baja.

—Cuadrado Alfa, 3—contestó Renato haciendo uso del sistema utilizado en la aviación para localizar los objetivos.

Cheryl echó a correr en aquella dirección. Saltando por encima de los espinosos matorrales y sorteando los añosos troncos de las encinas llegó hasta el sitio indicado. Las luces del castillo apenas eran visibles desde allí siendo la causa que las velaba el tupido enramado de los árboles.

—Segunda señal, Jansen—volvió a pedir acercándose el radioemisor a la boca.

—Cuadrado Beta-7—replicó Renato—. Debes estar muy cerca ya.

Un leve chasquido sonó a espaldas de Cheryl.

Este se giró rápidamente a tiempo de ver una fugaz sombra deslizándose entre dos árboles. Debía ser una persona, a juzgar por su altura, aunque sus borrosos perfiles podían prestarse al engaño.

Sigilosamente, Cheryl avanzó al encuentro de la sombra. De pronto, ésta surgió a su izquierda con tal premura que no pudo evitar

el choque.

Un grito escalofriante rasgó el silencio de la noche.

Cheryl bendijo al hado protector que le impidió apretar el gatillo de su revólver. Porque aquel cuerpo envuelto en un grueso abrigo de pieles correspondía a la mujer más hermosa que Cheryl vio en su vida. Aun con el gesto de terror impreso en sus facciones era dable apreciar la perfección de las mismas y el adorable óvalo del rostro. Su rubia, casi cenicienta cabellera, resbalaba en atractivo desorden sobre el amplio cuello de visón.

Cheryl esbozó una tranquilizadora sonrisa a la vez que la desasía delicadamente de sus brazos.

—Pudo habernos avisado de su visita y nos habríamos ahorrado el susto—declaró en tono amistoso—. Tuvo mucha suerte de que nos fallaran los maquiavélicos ingenios dispuestos para la caza del «hombre misterioso».

La joven le asaeteó con la mirada sin poner en ello el menor disimulo.

— ¿Usted..., usted es Cheryl Burton?—inquirió con voz trémula todavía por el sobresalto.

El aristócrata insinuó una caballeresca reverencia.

—El mismo que viste y calza—contestó complacido—. Y usted es Titania, la reina del bosque encantado.

—Mi nombre es Susana Taher...

— ¿La hija de Richmond Taher, el científico nuclear?—Cheryl alzó sus cejas en un gesto de perplejidad.

Susana asintió con vehemencia.

—He venido a pedirles ayuda—dijo evitando los formulismos—. Me enteré de que se había usted encargado de ciertas investigaciones acerca de Oldcastle y pensé que podríamos colaborar en dos asuntos a la vez.

Una linterna se encendió a corta distancia de ellos. Cheryl hizo una señal convenida con la suya, y en el acto se dejó oír la quejumbrosa voz de Renato Jansen.

— ¿Qué ha ocurrido, Burton? Oímos un grito hace un momento. ¿Te encuentras bien?

—Nunca mejor acompañado que ahora—replicó Cheryl a su amigo, que acababa de surgir de entre unos espesos matorrales—. Esta vez ha sido una falsa alarma.

Renato contempló con mirada encandilada a Susana Taher.

— ¿Fue usted la que usaba una linterna? —inquirió guardándose el revólver en el bolsillo.

La joven hizo un gesto afirmativo.

—Creo que les he trastornado sus planes —dijo sonriendo por vez primera—. Ustedes esperaban otra cosa.

Renato desvió su mirada hacia Cheryl.

—El receptor de señales parece que se ha vuelto loco—informó volviendo a su preocupación—. Ha registrado señales en el aire, en el suelo y debajo de tierra. Objetos o seres furtivos que se deslizan raudos. Si debemos hacer caso de los instrumentos, el bosque está poblado de trasgos y brujas. ¿No has visto nada, Cheryl?

Cheryl sacudió la cabeza para desprender el agua de lluvia acumulada en el cabello.

—Ya ves que no—le respondió—. ¿Ha funcionado alguna trampa?

—Ninguna. Vamos dentro; el aguacero es cada vez más intenso.

— ¡Espera!—Cheryl giró la cabeza con la mirada hacia arriba—. ¡Mira aquello, entre los árboles! ¡Más alto, hacia la derecha!

Renato y Susana tuvieron el tiempo justo para distinguir el fugaz paso de un pequeño objeto volante que desapareció tras la suave pendiente que había a la derecha del castillo. Nadie pudo apreciar exactamente lo que era, pero todos captaron el reflejo metálico que despedía.

— ¿Lo habéis visto?—Cheryl se volvió hacia los otros. En sus pupilas había un brillo febril—. Volaba a menos de doscientas yardas de altura.

—Y bastante despacio y silencioso para ser un proyectil o avión —añadió Renato recurriendo a un gran esfuerzo para mostrarse sereno.

—Era una nave interplanetaria—aseveró Susana sin vacilar—. Igual que la que cayó a siete millas de aquí. De ello quería hablarles.

—Tendremos que empezar a pensar que no es una fábula de los periodistas—dijo Cheryl, reflexivamente—. Creo que Cristopher Lane hubiera hecho mejor acudiendo a la policía.

En aquel momento de silencio que siguió a la aseveración de Cheryl, la lluvia se intensificó hasta adquirir caracteres de turbión.

—Intentemos al menos escapar de una pulmonía—decidió Cheryl poniéndose en marcha hacia el castillo.

Con la premura a que les obligaba la inclemencia del tiempo, la pequeña comitiva llegó hasta el sombrío portalón del castillo. Todas las ventanas se hallaban iluminadas, lo que les proporcionó un innegable alivio.

Después de sacudirse el agua, el trío subió en silencio por la escalinata principal. Leo Salem los esperaba en el zaguán. Su asombro al ver a la empapada joven borró de sus labios lo que iba a decir.

Cheryl hizo la presentación,

— ¿Hija del profesor Taher?—Salem frunció el ceño—. Esta mañana leí en los periódicos algo referente a su padre. No recuerdo

exactamente...

—Se ha vuelto loco—declaró Susana. Y rectificó—; mejor dicho, le trastornaron la cabeza de un modo que quiero averiguar.

—Pasemos a la biblioteca—sugirió Cheryl despojándose del impermeable—. ¿Me permite su abrigo, por favor?

La joven le entregó la prenda luciendo un espléndido atuendo de noche que modelaba a la perfección sus exquisitos contornos. La desnudez de sus brazos contrastaba con la severidad de los decorados y el mobiliario.

—Tenga cuidado con esa maraña de cables eléctricos—aconsejó Cheryl—. Son las trampas de que le hablé. Por cierto que tenías razón, Jansen; aquí hay actividad por todas partes.

—Necesitaríamos cien sabuesos para seguir todos los indicios—contestó Renato—. ¿No crees que sería mejor telefonear a la policía?

—En mi opinión, no—se opuso Leo Salem. Al hablar lo hizo con la mirada puesta en Susana—. Esperemos a descubrir algo; enfrentémonos con los fantasmas. Nuestro prestigio no nos permite retiramos sin haber empezado siquiera la contienda.

— ¿Te atreverías a enfrentarte con platillos volantes?—preguntó Cheryl con burlona entonación.

Salem señaló los detectores aéreos, ahora inmovilizados.

—No me irás a decir que las señales registradas antes corresponden a platillos volantes.

—La señorita Taher y Renato pueden confirmártelo—dijo Cheryl—. Si no lo era se le parecía tanto como un chino a otro chino.

—Luego, ¿tú crees en esas patrañas publicadas en los periódicos?

— ¡No son patrañas!—contradijo exaltada Susana a Salem—. Y voy a decirles aún más: el cuartel general de los extraterrestres se halla en este castillo.

La habitual sonrisa irónica de Salem se transformó en un gesto de escepticismo.

—Eso suena a melodrama radiofónico—dijo—. ¿Por qué no nos sentamos y dejamos a la señorita Taher que cuente la odisea de su padre?

Todos, excepto Renato Jansen, ocuparon sitios alrededor de la alegre fogata. Jansen se quedó junto al receptor de señales, atento a los detectores de trampas.

—Ustedes se preguntarán el porqué de haber elegido yo una noche como ésta para venir a Oldcastle—comenzó la muchacha—. La razón es bien sencilla...

Inesperadamente se apagaron las luces quedando todo en la más impenetrable oscuridad.

— ¡Por todos los diablos!—se oyó exclamar a Renato—. ¡Sólo

nos faltaba esto!

—Habrá sido un cortocircuito producido por la tormenta—expuso Leo Salem encendiendo su lamparilla—. ¡Cualquiera lo encuentra ahora!

—No se alarme—tranquilizó Cheryl a Susana—. En el caso de que la luz tarde en venir la llevaremos a Londres. Nosotros tampoco podemos hacer nada a oscuras.

Las brasas de la chimenea arrancaron un destello malicioso a los verdes ojos de la joven.

—Si lo hacen por mí, he de advertirles que no me produce el menor miedo pasar la noche en el castillo... acompañada por ustedes.

Salem salió de la estancia, tras anunciar que iba a buscar la avería. Su sitio lo ocupó Renato abandonando la vigilancia del receptor, toda vez que éste no funcionaba, carente de la energía eléctrica.

El silencio reinante en el grupo se hizo tenso y agobiante. Las miradas, prendidas en el chisporroteante fuego revelaban en mayor o menor grado la ansiedad. El más sereno de todos era Cheryl Burton. Con el cigarrillo entre los labios y el mentón apoyado en su diestra, parecía entregado a profundas reflexiones.

La interrupción duró apenas cinco minutos. Transcurrido este lapso de tiempo, las luces volvieron a encenderse. Leo Salem entró en la biblioteca instantes después.

—Se fundieron los plomos—dijo—. La cosa no tendría importancia si no fuera porque mientras hemos estado a oscuras, Charles, el jardinero, ha desaparecido de su habitación.

—Saldría a buscar velas—sugirió Cheryl—. Es lo natural en un caso así.

—Pero no es natural que la cerradura de su dormitorio haya sido descerrajada con un soplete—completó Salem—. Creo que ya es hora de que empecemos la batida contra los fantasmas o lo que sea.

CAPITULO IV

Asombrosa perfección la de este artesano del soplete—dijo Cheryl examinando el simétrico perforado de la cerradura—. No ha dejado un residuo que delate si la operación se ha hecho desde dentro o desde fuera, aunque lo lógico es que haya sido lo último.

Salem le llamó desde el interior del dormitorio.

—Fíjate bien en este ídolo egipcio y dime si le notas algo extraño. No, no lo toques todavía—advirtió atajando la acción de Cheryl—: primero examínalo.

El aristócrata fijó su atención en una estatuilla marmórea que representaba la encamación del dios Ra. Ocupaba un pequeño estante que había sobre la mesita de noche y su realismo era tal que sobrecogía el ánimo del observador. La figura tenía las piernas entreabiertas y los brazos extendidos; y una de sus diminutas manos asía una especie de lanza metálica sumamente reluciente.

— ¿No le notas nada?—volvió a preguntar Salem.

—Es una falsificación—contestó Cheryl al cabo de unos segundos—; los egipcios no empleaban el mármol en sus fetiches. Aunque, bien mirado, no creo que siquiera se trate del dios Ra. El disco solar que descansa sobre su cabeza parece tener otro significado.

—Los ojos, Cheryl—apuntó Salem viendo que su amigo pasaba por alto el detalle, a su juicio, más revelador.

Cheryl se aproximó un poco más. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal al sentir sobre sí la penetrante mirada de unos ojillos que parecían estar dotados de vida propia. El efecto fue tan impresionante que retiró instintivamente la cabeza.

— ¿Te has dado cuenta ahora?—preguntó Salem.

—Como si me hubiera mirado una víbora —respondió Cheryl—. He sentido la sensación de que me estaba escrutando por dentro— ¿Te ocurrió a ti lo mismo?

—Exactamente—coincidió Leo—. Pues aún hay más, querido Burton. Ese ídolo no estaba ahí en las anteriores ocasiones que entramos en la habitación. La repisa estaba vacía.

Cheryl enarcó las cejas.

— ¡Qué dices!—exclamó sin atreverse a dar crédito a la

afirmación de su amigo—. ¿Quién lo ha puesto entonces?

Salem se encogió de hombros. Un rictus sarcástico se dibujó en sus delgados labios.

—No me extrañaría que hubiese venido por sus propios pies—aseveró muy seriamente—. Pásale un dedo por encima; sin miedo. Yo lo cogí antes.

Burton obedeció vacilante. El índice de su mano derecha resbaló suavemente por el brazo de la estatuilla que sostenía la lanza. Luego lo apretó firmemente.

—Está caliente—dijo, cada vez más intrigado—. Impropio del mármol y de la temperatura de la habitación.

—Está vivo—corrigió Salem—. ¿Recuerdas lo que dijo Cristopher Lane sobre aquello que vio correr por el borde de la piscina?

En la frente de Cheryl se marcaron unas arrugas de preocupación. Era absurdo todo lo que estaba pensando; diabólicamente absurdo. Imaginar que aquel ídolo de pie y medio de altura y cabeza de halcón era un ser vivo rebasaba los límites de la cordura. Indudablemente, el clima siniestro que reinaba en el castillo y los raros sucesos que estaban ocurriendo tenían la culpa de que las mentes se sobreexcitaran hasta confundir lo real con lo irreal. Para todo debería haber una explicación perfectamente lógica, pensaba Cheryl tratando de convencerse. Y, sin embargo, a cada paso que daban se retorcía la aventura, se desdoblaba en infinidad de facetas, a cuál más inexplicable.

Cheryl extrajo lentamente su revólver. Con la mirada puesta en los ojos del misterioso fetiche, quitóle el seguro al arma y apuntó con pulso firme.

En el preciso momento en que iba a apretar el gatillo sonaron dos disparos en las habitaciones superiores.

Cheryl y Salem se miraron sobresaltados. Y, como si se hubieran puesto de acuerdo, salieron de la habitación precipitándose escaleras arriba. Las acaloradas voces de Renato Jansen y Susana les tranquilizó un tanto.

Se encontraron al principio del largo corredor que comunicaba entre sí las angostas colmenas del castillo.

— ¡Vamos al jardín!—dijo Renato excitadísimo al verles—. ¡Creo que ya tenemos a uno en el saco!

— ¿El qué es lo que tenéis?—inquirió Salem a la vez que corría detrás de ellos.

—No lo sabemos—replicó Jansen saltando de cinco en cinco los peldaños—. Corría como un gato y lo fulminé de dos tiros.

—Probablemente será un gato—declaró Cheryl para tranquilizar a Susana—. ¿Le visteis bien?

—No hay gatos en Oldcastle—contradijo Renato cruzando el zaguán como una exhalación. Era admirable ver su esmirriada figura a la cabeza del grupo, saltando y corriendo, ondeando el revólver sobre su despeinado cráneo y vociferando con inusitada vitalidad.

Desembocaron casi a la vez en la pequeña explanada que separaba la edificación del bosque.

— ¡Por allí!—señaló Jansen a su izquierda—. ¡Detrás del segundo seto!

Las largas zancadas de Cheryl se impusieron en la febril carrera. Cuando llegó al lugar indicado por Renato, el haz de su linterna ya barría el suelo en busca de la enigmática presa.

— ¡Demasiado tarde!—exclamó deteniéndose ante un humeante rescoldo—. Lo que fuere se acaba de desintegrar.

Renato se agachó y removió el escaso resto viscoso que manchaba la tierra. Al incorporarse, sus facciones revelaban un profundo desconcierto.

— ¡Lo mismo que le ocurrió a Cristopher Lane en la piscina!—exclamó—. Ahora ya no hay duda; el misterio de Oldcastle no es de origen terrestre. ¡Estamos viviendo la aventura más extraordinaria de todos los tiempos!

En la mirada de Jansen había una agitación que nada tenía que ver con el miedo. Estaba poseído de una asombrosa sed de lucha y descubrimientos.

Durante los escasos segundos que mediarán desde que el grupo llegó allí, los humeantes vestigios se esfumaron por completo, quedando únicamente la leve mancha de la tierra calcinada. Pronto, la ligera lluvia que estaba cayendo acabaría de borrarla.

—Buscando a Charles por las almenas—dijo Susana—, se le ocurrió al señor Jansen dar un vistazo al exterior...

—Y tuve la suerte de verlo—completó Renato—. Apostaría a que caminaba a dos pies y erguido como si fuera un muñeco. Saltó de un matorral a otro, y al volver a aparecer fue cuando le disparé. Dio un salto de lo menos media yarda. Después quedó inmóvil.

—Una vez leí una novela titulada «Muñecos infernales»—dijo Leo Salem subiéndose el cuello de la americana para resguardarse de la lluvia—. Hace muchos años de esto, casi era yo un niño; pero recuerdo que ocurrían cosas muy parecidas a las que suceden aquí.

A la memoria de Cheryl acudió la imagen del idolillo que hallaran en la habitación de Charles, el jardinero.

Apagando la linterna, el joven aristócrata expuso la idea de volver a dicho aposento. Durante el trecho que recorrieran para regresar, Cheryl informó a Renato y Susana del enigmático hallazgo.

Al abrir la puerta del dormitorio presenciaron algo que les erizó el cabello y heló la sangre de sus venas.

¡El idolillo había desaparecido y, por el contrario, el cuerpo de Charles reposaba inmóvil entre las sábanas de su lecho!

CAPITULO V

Más que todo el horror que impregnaba la extraña serie de acontecimientos, con sus secuencias demoníacas y contrastes de pesadilla, el hecho único que paralizó el latir de cada corazón y sumió en la tortura angustiosa de la irrealidad a todos fue la presencia de Charles en aquella postura yacente y abandonada. La frente del anciano jardinero aparecía surcada por una levísima línea rojiza muy semejante a una cicatriz; una señal que antes no existía y que ahora prestaba al suceso una siniestra significación.

Charles vivía. Sus ojos se entreabrieron para mirar inexpresivos al grupo que le rodeaba. Cheryl se sentó en el borde del lecho.

— ¿Qué le ha ocurrido, Charles?—preguntóle recalcando cada sílaba para que éstas calaran en la mente aún semiinconsciente del jardinero.

Un murmullo ininteligible brotó de los labios de aquel hombre. Fue como una mezcla de gorjeo y estertor, un sonido carente de entonación.

— ¿Me entiende, Charles?—volvió a preguntar Cheryl—. Díganos si se encuentra bien.

El jardinero se incorporó lentamente, con el cuerpo rígido y la mirada perdida en el vacío, aislada del dramatismo que imperaba en el ambiente. El esfuerzo que realizó para inclinarse hacia adelante hizo que la cicatriz de su frente enrojeciera hasta convertirse en un surco sanguíneo.

Nuevamente movió los labios para hablar; y nuevamente salió de su garganta aquel rumor ronco de antes.

—Ha perdido la facultad de hablar—dijo Leo Salem—. Su caso parece el mismo que el del profesor Lovelend. Ausencia absoluta de memoria.

—Le han robado el cerebro—declaró Susana Taher—. Igual intentaron hacer con mi padre, sólo que lo consiguieron a medias. Si ustedes me escuchasen, aunque fuera durante cinco minutos, podríamos aclarar algunas cosas y encauzar otras por el camino

verdadero.

Cheryl se puso en pie a la vez que asentía.

—Disculpe que hayamos olvidado que usted ha venido aquí en una noche infernal para algo que nos concierne a todos igualmente—dijo—. Volvamos a la biblioteca.

* * *

—No entiendo mucho de mineralogía; pero por lo que acaba, de decir, deduzco que la astronave estaba construida con metales desconocidos en la Tierra. ¿No es eso?—preguntó el superintendente Bliss.

Paul Sevrod, experto de la comisión que investigaba el asunto del destrozado artefacto hallado en las cercanías de Gravesend, hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Totalmente desconocidos—dijo—. Los análisis efectuados demuestran que en la composición de los mismos no entran los núcleos atómicos tal y como nosotros los entendemos. No hay espacio libre entre las moléculas, no hay porosidad; es un aglutinado tan sólido que no deja pasar la electricidad ni los sonidos. Una delgadísima plancha de dicho metal serviría de aislante absoluto para cualquier clase de infiltración, ya sea sónica o eléctrica. Consecuencia de todo esto es que la astronave en cuestión es refractaría a los cambios de temperatura, rozamiento con la atmósfera, lluvia de aerolitos e igualmente a los ingenios ideados por el hombre para la destrucción. El mismo efecto haría sobre su estructura un disparo de revólver como un impacto atómico.

—Lo cual descarta definitivamente que la astronave sea terrestre—la preocupación se acentuó en el rostro de Bliss—. ¿No se ha hallado rastro de sus ocupantes?

—Ninguno. La hipótesis más aceptada es que la astronave perdió el control por alguna causa desconocida y se estrelló sobre el suelo de Gravesend, siendo abandonada por la tripulación.

El superintendente Bliss se rascó la oreja pensativamente.

—Supongo que la astronave será trasladada a un lugar secreto para evitar que una ola de pánico se extienda por todo el mundo—dijo—. Durante cuarenta y ocho horas los teléfonos de Scotland Yard no han cesado de recibir preguntas sobre la veracidad del caso Nadie cree ya en las rectificaciones dadas en la Prensa.

—Va a ser un poco difícil—contestó Sevrod—. Voy a ponerle un ejemplo para que se haga cargo de lo que pesa la astronave. Este cenicero es de plata maciza, ¿no es cierto? ¿Cuánto le calcula usted que pesará?

—Unos doscientos gramos—respondió Bliss perplejo.

Sevrod hizo un rápido cálculo mental.

—Pues bien, si fuera realmente macizo, si no hubiera separación entre las moléculas, su peso excedería de la media tonelada. Para darle una idea más exacta de la porosidad de la materia, le diré que cada átomo es un pequeño sistema solar, una especie de microcosmos. El núcleo, en el que se concentra la masa del átomo, está rodeado de electrones corticales separados unos de otros por distancias que exceden infinitamente de su propio tamaño. Y todos ellos giran en distintas órbitas como ocurre con los planetas. Esto, que ya no es ningún misterio en nuestros días, hace que si la materia pudiese ser presentada a nuestra vista ampliada millones de veces nuestros ojos la captarían con la misma transparencia que una alambrada. Imagínese, por el contrario, que el metal de la astronave carece de porosidad, que sus átomos están aglutinados entre sí de modo que los electrones no tengan espacio para girar en torno del núcleo. ¿Se da cuenta de lo que debe pesar la astronave?

—Cientos de toneladas—contestó Bliss asombrado.

—Millones de toneladas, mi querido amigo —rectificó Sevrod—. Su choque con la tierra ha debido ser muy leve para no provocar el hundimiento de media isla. Yo me inclino a creer en un aterrizaje mal calculado; y ya ve usted que, de todos modos, la astronave quedó sepultada casi en su totalidad. Por ese motivo será imposible su traslado a otro lugar. Sin embargo, trataremos de momento de aislarla de la curiosidad pública. Se montará un tinglado a su alrededor y a ustedes les corresponderá la vigilancia.

—No me gusta nada el asunto—dijo el superintendente—. Tengo pensado dar cuenta al Ministerio de Defensa para que éste lo acoja en su jurisdicción. Existen algunas complicaciones más en tomo al mismo.

— ¿Se refiere usted al «Sputnik V»?—inquirió Sevrod esbozando una ligera sonrisa.

— ¡Lo sabe usted!—la sorpresa y la inquietud se alternaron en la expresión de Bliss.

Sevrod bajó la cabeza en signo de asentimiento.

—La astronave, el «Sputnik V» y los «cerebros en blanco» de los cinco investigadores atómicos están estrechamente relacionados, a juicio de la comisión investigadora que presido. Por otra parte, no se moleste en dar cuenta al Ministerio de Defensa. Este ya ha asumido toda la labor de investigación. Seguramente recibirá usted la visita de...

Sonó el timbre de la puerta. Acto seguido penetró un ordenanza para anunciar la visita del general K. Kilroy, del Ministerio de Defensa del Gobierno de su Majestad.

—Ahí lo tiene usted—dijo Sevrod poniéndose en pie para

marcharse—. El engranaje se ha puesto en marcha. Repártanse ahora los honores de la victoria... o del fracaso.

Paul Sevrod abandonó el despacho y a continuación entró el general K. Kilroy, hombre relativamente joven, magro de aspecto y reposado de modales.

Kilroy se fue derecho al asunto. Su exposición de los hechos venía a ser una repetición de lo dicho anteriormente por Paul Sevrod, con la diferencia de que ahora no había extraoficialidad. Sin embargo, el general agregó algo al final que el superintendente Bliss desconocía por completo.

—Sólo hay un sitio donde puedan haberse escondido los tripulantes de la astronave: Oldcastle. A siete millas de Gravesend, el frondoso y casi impenetrable bosque constituye un refugio inmejorable para unos seres que apenas miden media yarda de altura, si tenemos en cuenta las proporciones de la astronave. Oldcastle está deshabitado: únicamente es visitado el castillo por algunos centenares de turistas a lo largo de todo el año.

—Conozco a su propietario, un tal Cristopher Lane—dijo Bliss—. Se dedica a las exportaciones carboníferas.

—Vengo de hablar con él—cortó Kilroy secamente—. Me ha contado una historia de fantasmas que podría ajustarse a lo que andamos buscando.

El general relató los asombrosos fenómenos acaecidos en el castillo de Cristopher Lane.

—Pero las fechas no coinciden—comentó Kilroy—. La astronave cayó en Gravesend anteayer miércoles; y sin embargo, Cristopher afirma que desde hace más de un mes viene observando las citadas anomalías. O miente o ésa no es la primera astronave que visita las Islas Británicas.

— ¿Sugiere que lo de ahora no ha sido accidental?

Kilroy se aclaró la garganta.

—De nada podremos estar seguros hasta que no saquemos algo en limpio—contestó—. Para ello vamos a trabajar juntos Scotland Yard y el Ministerio de Defensa. Usted designará una división de detectives para que investiguen en tomo a lo ocurrido con los científicos atómicos. Quiero, dentro del plazo más breve posible, una información detallada al respecto. Por mi parte, ya he dado órdenes para que el bosque de Oldcastle sea disimuladamente vigilado. Absolutamente nadie podrá entrar ni salir de allí sin que sepamos de quién se trata. Todas las salidas serán interceptadas. Controlaremos hasta los movimientos de un ratón. Patrullas de ametralladoras y equipos de proyectiles teledirigidos montarán la guardia día y noche.

Bliss sonrió aliviado.

—Me ahorra usted una inmensa preocupación—declaró—.

Temía tener que distraer a docenas de hombres que me son imprescindibles en otras tareas.

El general sacó un paquete de cigarrillos que ofreció al superintendente.

—Sobre mis hombros pesa pues otra carga no menor—dijo encendiendo el suyo—. Cristopher Lane contrató a Cheryl Burton y sus amigos para que descubrieran el misterio de Oldcastle.

El cuerpo de Bliss se tensó en el asiento.

— ¿Le ha ocurrido algo a Burton?—inquirió alarmado. Su amistad con el multimillonario aristócrata databa de la infancia de éste.

—Parece ser que no. Allí están los tres poniendo en juego sus ingeniosos mecanismos y disparando al aire de vez en cuando para romper la monotonía de sus tareas. Anoche se les reunió la hija del profesor Taher. Apareció de improviso proporcionándoles un susto mayúsculo.

— ¿Y les va a permitir que continúen allí? ¿No constituirán un estorbo para la investigación?

—Estorbo precisamente no. La causa de mi preocupación es lo que les pueda ocurrir. Una cosa es vérselas con bromistas disfrazados de duendes y otra muy distinta con seres de otro mundo.

— ¿Por qué no les obliga a retirarse de la escena?

—Por la sencilla razón de que son hombres temerarios, magníficamente entrenados y con suficiente inteligencia para hacer saltar la liebre. Ellos dentro del castillo y nosotros fuera completaremos la labor de equipo.

— ¿Sabe Burton que sus hombres están allí?

El general meneó negativamente la cabeza.

—Prefiero que se crea sólo. Una corazonada, superintendente. En cuanto necesite auxilio lo tendrá, y más sobrado de lo que nunca podría sospechar.

* * *

—Mi padre se negó a hablar en el hospital —prosiguió Susana Taher—. Sólo insistió en que unos seres extraños le habían atacado y sometido a una operación quirúrgica en la cabeza. De ahí no le pudieron sacar los médicos de la policía. O su delirio no se lo permitía o no quiso hacerlo. Sin embargo, en un momento que estuvo a solas conmigo me dijo entrecortadamente, entre un desvarío y otro, que le atacaron aquí, en Oldcastle. Habló de unos enormes subterráneos, de máquinas complicadísimas, de hombrecillos como muñecos...

—Y usted se vino aquí sola, en lugar de referírselo a la policía—le recriminó Cheryl—. ¿Qué es lo que pretendía hacer?

—La policía lo interpretaría como una alucinación de mi padre.

Yo me decidí por acudir a usted; conocía su fama en estos asuntos y pensé que juntos podríamos obtener indicios irrefutables para ofrecer a la policía. El crimen cometido con mi padre exige que se haga justicia, sean de la Tierra o no los culpables.

— ¿Cómo averiguó que nos encontrábamos aquí?

—Fui a su casa y el mayordomo me lo dijo. Una bendita casualidad que usted ya se hubiese anticipado a mis deseos.

Y Cheryl, nunca insensible a los encantos femeninos, recibió complacido la caricia de unos ojos verdes más hechos para ternuras y exquisiteces que para desorbitarse en los horrores de un drama sin parangón en la historia de la Tierra.

CAPITULO VI

Transcurrió la noche dentro de una relativa calma. Charles, el jardinero, fue reanimándose hasta recobrar su aspecto normal. No parecía asustado ni sorprendido por su pérdida de memoria. A lo sumo gruñía de vez en cuando para intercalar una infantil participación en las conversaciones.

Hasta muy avanzadas horas de la noche, el receptor de señales mantúvose en constante actividad, dándose el caso curioso de que ninguna de las trampas acusara haber capturado algo.

Distribuidos en distintas almenas y pisos del castillo, Cheryl, Salem y Jansen permanecieron en infatigable actitud espiatoria sin lograr resultado alguno.

Por la mañana, mientras sus compañeros descansaban, Cheryl metió a Charles en su coche y lo llevó a casa de Cristopher Lane.

—Este es el fruto de nuestras dos primeras noches de trabajo—díjole un tanto malhumorada—. Llévelo a una clínica particular y que le tengan en observación hasta que sea hora de comunicarlo a la policía.

Cristopher se mordió las uñas nervioso.

— ¿Piensan seguir investigando?—preguntó.

—Hasta que nos caiga el pelo—contestó el aristócrata recogiendo su sombrero para marcharse—. Sería el primer caso que nos fallara.

Cristopher estuvo a punto de decir algo pero optó por reservármelo.

Antes de regresar a Oldcastle, Cheryl pasó por su residencia campestre de Richester y recogió a «Cyril», uno de sus perros favoritos de caza.

—Tú y yo vamos a trabajar mucho esta noche—le dijo acariciándole con una mano mientras con la otra hacía girar el volante de su «Jaguar» para salir de la finca.

El fiel can runruneó agradecido por la caricia de su amo.

Al llegar al empalme de la carretera que se desviaba hacia el castillo, un policía motorizado le detuvo, pidiéndole la documentación.

— ¿Ha ocurrido algo?—inquirió alarmado Cheryl al tiempo que se la mostraba.

El policía le devolvió respetuoso la documentación.

— ¿Va usted al castillo?—indagó de pasada.

Cheryl afirmó.

—Allí me dirijo, salvo que exista algún impedimento. ¿Por qué me ha hecho usted esas preguntas?

—Han robado un automóvil por las cercanías —contestó el agente—; un «jaguar» de las mismas características que el suyo. Quise cerciorarme de que no era éste.

Cheryl respiró aliviado. Lo que menos se le ocurrió pensar cuando puso en marcha su automóvil era que el policía había inventado una excusa para identificarle. Y que en cincuenta millas a la redonda nada escapaba a la vigilancia de los agentes del servicio secreto, Scotland Yard y del ejército.

Aquella noche se trazaron nuevos planes en Oldcastle. A las diez en punto, «Cyril» fue soltado en el bosque tras haberle sido untado en sus zarpas un líquido de propiedades fluorescentes a los rayos infrarrojos.

Renato montó la primera guardia junto al receptor de señales. Las trampas automáticas habían sido suprimidas en vista de su ineficacia y para evitar que «Cyril» cayese preso en alguna de ellas.

Alrededor del hogar, Cheryl, Susana y Leo Salem cambiaban impresiones acerca de lo que podía ocurrir.

—De todas las cosas, la más extraordinaria, en mi opinión, fue el idolillo que descubrimos en la habitación de Charles—dijo Cheryl—. ¡Y pensar que lo teníamos en nuestras manos!

—Estuviste a punto de descerrajarle un tiro —recordó Leo Salem—. ¿Te acuerdas de cómo era?

—Su cabeza era una mezcla de ave y hombre. En cambio, la configuración del cuerpo era totalmente humana. Cuesta trabajo creer que hayan habitantes así en otros planetas.

—La insignificancia física nada tiene que ver con la capacidad mental—declaró Salem—. Esos seres, si en realidad lo son, pueden resultar mil veces más agresivos y peligrosos que nosotros; pueden haber inventado armas contra las que no exista defensa conocida.

Susana encendió un cigarrillo acercándolo a una de las brasas de la chimenea.

—Dando por supuesto que nuestras divagaciones tengan una base cierta—dijo—, ¿por qué esos extraños visitantes han escogido Oldcastle para llevar a cabo sus maquinaciones? ¿Por qué se han apropiado de los cerebros de cinco científicos y un inofensivo jardinero? ¿Por qué se mantienen ocultos en lugar de darse a conocer y revelar al mundo que la amistad interplanetaria puede ser un hecho? ¿Por qué se apagan las luces y suenan las trepidaciones debajo del suelo?

—Si lo supiéramos, mi querida señorita Taher, no estaríamos aquí—replicó Cheryl—. Cuando el día de mañana el hombre ponga sus plantas en otro planeta quizá obre del mismo modo. Antes de aventurarse temerariamente es posible que se roben los cerebros para saber qué pensamientos albergan y cuáles son los adelantos de su civilización. En ningún caso han sido pacíficas las colonizaciones terrestres. Antes de que se firmaran los tratados de amistad existió la esclavitud y los derramamientos de sangre. De ser ciertas nuestras divagaciones, somos ahora nosotros los colonizados, los que tendremos que aceptar condiciones y rendir pleitesía a los jerarcas de los espacios siderales.

—Suponiendo que ganen la batalla—apuntó Leo Salem con acento de disconformidad—. Mientras no se demuestre lo contrario, el hombre es el rey de la creación.

El silencio de la noche fue rasgado por un prolongado y lastimero aullido.

— ¡«Cyril»!—exclamó Burton poniéndose en pie como impulsado por un resorte—. ¡Nunca ha aullado de esa forma; debe estar herido!

—Cuadrado Zeta-987—dijo Renato siguiendo la trayectoria del indicador—. Ahora viene para acá. Lleva una carrera de mil diablos.

Salieron todos precipitadamente. La noche era fría y estrellada. El pálido fulgor de la luna recortaba tétricamente el caprichoso perfilado de los árboles.

No tuvieron necesidad de andar mucho para encontrar al perro. Este les salió al paso nervioso y con las orejas erizadas. En su boca llevaba algo que depositó a los pies de Cheryl.

El aristócrata se inclinó para recogerlo. Era una diminuta pierna humana arrancada de cuajo e impregnada de un líquido viscoso y verde. Su tamaño vendría a ser como el de un cigarrillo largo y todavía estaba caliente. El color de la extremidad era bronceado, tirando a pardo, muy semejante al del idolillo encontrado en el dormitorio del jardinero.

—Se desvanecieron las dudas—dijo Cheryl muy pálido. En sus facciones se reflejaba la aprensión—. Ahora es cuando me pregunto a quién le toca concluir el trabajo.

— ¡«Cyril» está agonizando!—exclamó Susana señalando al perro que, con la boca abierta y las orejas lacias, se tambaleaba sobre sus patos. Su mirada parecía esperar de Cheryl un alivio para sus sufrimientos.

Burton se arrodilló junto a él para examinar si estaba herido. «Cyril» resistió sólo unos instantes. Después se derrumbó definitivamente.

Cheryl se incorporó. Había en sus ojos un asomo de ira que no

dejaba lugar para la tristeza.

—Esto lo mató—dijo mostrando una saeta plateada de unas cinco pulgadas de longitud—. Un veneno que actúa sobre la sangre, puesto que la herida no alcanzó ningún punto vital. Un veneno que desintegra...

No era preciso que Cheryl añadiera estas últimas palabras. Todos pudieron ver, horrorizados, cómo el cuerpo del perro iba convirtiéndose en una masa informe que se diluía humeante. Todos pudieron contemplar cómo en menos de cinco minutos «Cyril» quedó reducido a una simple mancha en el suelo.

Susana se pasó una mano por los ojos intentando borrar aquella terrible visión. La firme presión de los dedos de Cheryl sobre su brazo le impidió desmayarse.

— ¡Animo, chiquilla!—le dijo al oído—. Peores cosas vieron nuestros antepasados de la prehistoria y nos legaron la herencia de la alegría. ¿Se retira o sigue decidida a luchar?

Susana asintió con firmeza mordiéndose los labios. A la luz de la luna, la palidez de su rostro hacíalo asemejar a una máscara de cera. Sus facciones conservaban, sin embargo, la misma admirable pureza de líneas.

—Quiero vengar a mi padre—su voz fue casi un susurro—. Cuanto antes mejor.

Volvieron en silencio a la biblioteca del castillo. Cheryl guardó en sitio seguro la destrozada pierna de aquel ser microscópico y la lanceta que causara la muerte al perro.

Entretanto, Leo Salem ya se había procurado una lamparilla de rayos infrarrojos para seguir la pista de «Cyril.»

—Uno de nosotros debe quedarse aquí—dijo Burton—. Tú, por ejemplo, Renato.

El esmirriado componente del grupo torció el gesto ante la desagradable perspectiva de la soledad.

—No le veo la gracia...—comenzó a decir, siendo interrumpido por Cheryl Burton.

—Dentro de una hora, a lo más tardar, estaremos de vuelta. En el caso de que así no sea acudes inmediatamente a la policía. Durante la espera cambiaré señales contigo. ¿Entendido?

Renato Jansen se encogió de hombros en un ademán de resignación.

— ¿Usted también va con ellos, señorita Taher?—preguntó a Susana.

La joven dijo que sí con la cabeza. Le habían vuelto los colores a sus mejillas y daba la sensación de haberse recobrado totalmente.

—Procuraré servir de ayuda al señor Burton—dijo. Y agregó sonriendo—: En todo caso me esforzaré por no ser un estorbo.

—Borre de su vocabulario la frase «señor Burton»—recomendóle Cheryl—. Ahora no estamos en un sarao, sino en una cata de vinos, como se suele decir vulgarmente. Llámeme Cheryl.

—Está bien... Cheryl. Cuando usted guste.

Con la ayuda de la lamparilla de rayos infrarrojos fue fácil seguir la pista del valeroso perro hasta la demarcación Zeta-987. Esta se hallaba a unas tres millas del edificio, en una profunda hondonada en la que se apiñaban toda clase de árboles, lianas y vegetación inferior; un auténtico bosque no hollado por el hombre quizá desde la generación que construyera el castillo.

Con no pocas dificultades iniciaron el descenso por la abrupta y rocosa pendiente.

—Menos mal que hay abundantes matorrales —dijo Leo Salem asiéndose a uno de ellos hasta que sus pies tocaron roca firme—. El pobre «Cyril» también pasaría lo suyo para llegar aquí.

Como Susana vacilara en el último tramo de su descenso, Cheryl le tendió las manos ofreciéndole ayuda. La joven replegó los vuelos de su falda y se dejó asir por la cintura.

Durante los breves instantes en que Cheryl la retuvo en sus brazos para depositarla en el suelo parecióle experimentar una sensación desconocida para él hasta entonces. El roce de sus fragantes cabellos, la proximidad de su intensa mirada, la suave tibieza de sus brazos a través de la tela, le hicieron sentir a Cheryl el anhelo irreprimible de besarla. Naturalmente se contuvo porque era una tontería impropia de él, Cheryl Burton, hombre acostumbrado al asedio femenino en todas sus manifestaciones.

—Aquí, exactamente, se pierden las huellas —declaró Salem señalando un grupo de matojos silvestres—. Y en este otro lugar se vuelven a ver para unirse a las que dejó tu perro en su desesperada carrera de regreso.

—Eso quiere decir que «Cyril» capturó aquí su presa—contestó Burton enfocando el suelo con su linterna—. Se ven señales de lucha entre estas raíces.

—Mira—llamó la atención Salem extendiendo su dedo índice para mostrarlo manchado de una substancia oscura—. Sangre verde de nuestro mutilado enemigo.

Cheryl asintió consultando su reloj de pulsera.

—Han transcurrido cuarenta y siete minutos —manifestó—. Diremos a Jansen que nos espere dos horas en lugar de una.

— ¿Qué piensas hacer?—inquirió Leo Salem apagando su linterna de luz infrarroja.

—Montar una guardia aquí. Me he propuesto capturar esta noche a uno de esos infernales muñecos—y acto seguido, Cheryl comunicó, por medio de su transmisor, a Renato Jansen que la

ausencia se prolongaría durante sesenta minutos más.

—Vamos a distribuimos en los sectores—propuso a continuación—. Tú, Salem, colócate detrás de aquel nudo de lianas. Susana y yo nos quedaremos al amparo de esa formación rocosa. No dudes en disparar en cuanto observes algo sospechoso. Un silbido corto será la señal de que no hay novedad; dos silbidos seguidos significarán el alerta. Procura, al hacerlo, que no llamen demasiado la atención. ¿Comprendido?

Leo Salem se retiró hacia el lugar indicado por su amigo. Este y Susana ocuparon su escondite detrás de una gran roca desde la que se divisaba la única entrada accesible al impenetrable bosque.

— ¿Se acuerda de aquel objeto volante que vimos anoche?—le preguntó la joven en voz baja.

—Ya sé lo que me va a decir—contestó Cheryl—. Desapareció de la vista al llegar a esta hondonada. Una coincidencia muy notable

Hubo un momento de silencio entre los dos. Susana dejó de mirar el bosque para posar sus expresivos ojos en el rostro de él.

— ¿Por qué eligió esta carrera?—le interrogó—. ¿De veras le agrada enfrentarse con lo desconocido?

—En muchas ocasiones la vida es intolerablemente aburrida. Si fuera un desheredado de la fortuna emplearía mi tesón en conseguir un puesto en los negocios y la sociedad; si Dios me hubiera dado dotes de artista las emplearía para superarme; si poseyera un talento excepcional ahondaría en la ciencia para arrancarle sus secretos. Pero desgraciadamente soy el más vulgar de los hombres; tengo, pues, que dedicarme a buscar satisfacciones morbosas. El peligro es lo único que me atrae y sacia mi aburrimiento. En Corea defendí la libertad de un pueblo hasta que el plomo me devolvió a Inglaterra; en África he cazado serpientes venenosas para facilitarlas a diversos laboratorios; he oficiado de piloto de pruebas en la «Air Craft Company»; tengo cinco costillas soldadas a causa de otras tantas carreras automovilísticas. Y no me he enrolado en el servicio secreto porque me repugna la insinceridad y el uso de la mentira. Esa es la razón de que, entre ocio y ocio, me dedique a desenmascarar fantasmas. Ahora ya sabe usted lo que es mi vida.

—La conocía a grandes rasgos—dijo Susana—. No hay época del año en que los periódicos no se ocupen de usted. Lo que me he preguntado muchas veces es si es usted un valiente de verdad o si le rodea una aureola desorbitada.

—Probablemente es lo segundo—afirmó Cheryl con sencillez—. Yo mismo no lo sé, puesto que todavía no me he enfrentado con un verdadero peligro. El día en que me halle desarmado y alguien me apunte con una pistola, cara a cara y con auténtica intención de matarme, sabré si soy un valiente...

Dos casi imperceptibles silbidos partieron del lugar donde se encontraba Leo Salem.

Cheryl sacó rápidamente su revólver y aguzó su vista en dirección a la entrada del bosque. De momento no vio nada que le llamara la atención. La claridad difundida por las estrellas y la luna revelaba una absoluta calma de movimientos entre las ramas de los árboles y los matorrales.

Y, de pronto, Cheryl sintió que le faltaba la respiración. Porque lo que estaba presenciando superaba con creces todo lo leído en los libros de aventuras interplanetarias. Era tan fantástico y tan absurdo que creyó ser víctima de un delirio febril. Pero la ahogada exclamación de Susana Taher le demostró que era una palpable realidad.

— ¡Dios mío, qué espantoso...!—susurró con voz apenas audible.

CAPITULO VII

Con un gesto de contrariedad, Renato Jansen dejó sobre la mesa el pequeño radio-emisor. Una hora más de tardanza por parte de sus amigos iba a suponerle un aumento de ansiedad que sus nervios difícilmente controlarían. Ni por un momento pensó en abandonar la aventura y todavía menos ahora que el desenlace podía tomar un cariz nuevo en la historia de la humanidad; sin embargo, para continuar en la brecha estaba sometiéndose a la más dura de las pruebas; no sólo por tener que arrostrar aquellos escalofriantes peligros sino por tener que aparentar a los ojos de Susana Taher un falso dominio de sí mismo. Jansen soportaba mejor los sobresaltos desfogándose en improperios, lamentándose, jurando que nunca más se volvería a meter en un brete y, en fin, dando rienda suelta a sus nervios. En la presente ocasión, su condición de hombre habría quedado malparada comportándose de tal modo. Renato lo comprendía y hacía de tripas corazón, como se suele decir vulgarmente.

Desde el sillón en que cómodamente se apoltronaba podía contemplar los recuadros luminosos del receptor de señales. Todo indicaba que iba bien para sus compañeros. Sólo podía considerarse como anomalía la serie de oscilaciones registradas por la aguja del detector que correspondía al interior del castillo. Si bien este detalle le causó al principio cierto desasosiego, lo pasó pronto por alto ateniéndose a experiencias anteriores. Al parecer, los detectores radáricos de aquel moderno equipo, orgullo de Cheryl, estaban pecando de captar demasiadas señales falsas. Cheryl Burton lo atribuía a la existencia de corrientes de agua subterráneas impregnadas de radiactividad. La explicación era plausible pero no tranquilizadora. Al menos en lo que Jansen se refería.

Renato encendió por enésima vez su pipa de porcelana. Al aplicar el encendedor a la cazoleta sonrió observando el temblor de su mano. ¡Qué maldita ocurrencia la de dejarle solo!

Le cayó el encendedor al suelo de puro nerviosismo. Cuando lo recogía un sexto sentido le avisó de que algo anormal había ocurrido coincidiendo con aquel trivial descuido. Vanamente recapacitó sobre ello. Incapaz de dar con la causa recurrió a un ardid psicológico.

Volviendo a su anterior postura dejó caer nuevamente el encendedor. Al chocar el objeto contra las baldosas, Jansen captó inmediatamente el efecto de su anormalidad. El golpe había sonado a hueco, inequívocamente falso; allí, donde según los planos facilitados por Cristopher Lane, se asentaban los pilares base de la balaustrada que conducía a la entrada existía un vacío de incomprensible finalidad.

Intrigado con su descubrimiento, Jansen se despreocupó de todo lo demás para hallar el clásico resorte que abriera el pasadizo o túnel. Tanteando los ladrillos con el mismo encendedor llegó a la conclusión de que sólo seis sonaban a falso; si aquella era la abertura en cuestión sus dimensiones únicamente permitirían el paso, y muy estrechamente, de un hombre. Su mirada recorrió todos los posibles escondrijos del resorte. Se puso de rodillas, desafió el abrasante calor de la fogata para introducir su cabeza en la chimenea, palpó los más leves salientes de la pared y el suelo. Todo inútilmente.

Volvióse a sentar pensativo y a medias desalentado. Al cabo de unos minutos decidió probar por otro sistema. Poniéndose de rodillas nuevamente, tanteó de dos en dos los ladrillos en cuestión, ora los de los extremos superiores, ora salteados, ora con diferentes presiones. Y, cuando ya desesperaba de hallar la solución, al apretar dos ladrillos en diagonal, se oyó un ligero chasquido y el bloque macizo de la chimenea comenzó a girar lentamente.

Aquel inesperado suceso habría bastado para abstraerle de todo cuanto no estuviera relacionado con él. La chimenea se había desplazado cuatro o cinco pulgadas permitiendo adivinar la entrada de un angosto túnel, prometedora aventura para aplacar el tedio de su espera. Sin embargo, algo acaeció simultáneamente que le devolvió a la realidad anterior. Fue instantáneo que dejara de presionar los ladrillos. Aquella sombra huidiza que distinguió fugazmente al pasar de largo ante la puerta de la biblioteca hizo que su mano buscara con presteza el revólver.

Pálido y presa de una convulsiva excitación. Renato Jansen se puso en pie de cara al pasillo. Este se hallaba a unas diez yardas de distancia y su única iluminación procedía de la biblioteca, por lo que realmente permanecía en una semipenumbra poblada de movibles sombras producidas por el caprichoso oscilar de las llamas del hogar.

Renato habría dado diez años de vida a cambio del suficiente valor para salir al pasillo e indagar qué objeto o ser se había deslizado por el mismo un minuto antes. Tenía la absoluta convicción de haber sido espiado, de seguir estándolo, de que alguien le estaba esperando junto al dintel de la puerta. Sintiendo que el sudor le invadía su cuerpo reflexionó sobre lo que Cheryl Burton habría hecho en su lugar. A buen seguro que su amigo no hubiera titubeado un instante en salir; e incluso con una sonrisa en los labios mientras su dedo índice sujetaba

con firmeza el gatillo de la pistola.

Realizando un esfuerzo sobrehumano para serenarse, Jansen tragó saliva e inquirió en voz alta:

— ¿Quién va? ¡Conteste pronto o disparo!

No hubo contestación. El silencio se hizo más denso y agobiante. Los sentidos de Jansen, sensibilizados al máximo, parecían extraer del ambiente mismo la esencia de un peligro latente.

No eran vulgares presentimientos, y Jansen estaba percatado de ello.

De pronto, algo comenzó a surgir por el lado izquierdo de la puerta. Muy lenta y silenciosamente, como si fuese la materialización de un sueño.

Jansen retrocedió espantado. No porque la «cosa» tuviese una significación especial ni representara una amenaza; su mente no podía discernirlo, ni aun siquiera facilitarle palabras para describirlo.

Tal como la veía Renato, la aparición estaba inmóvil y ocupaba todo el dintel de la puerta. La primera impresión era la de que se trataba de una masa en bruto desprendida de otra masa por una casualidad, una explosión o una desintegración. No obstante, analizándola era imposible expresar su tamaño, forma y color. Era completamente distinta a todo lo que existía en la Tierra y de todo lo que se pudiera imaginar. Había que proceder por aproximación, «por un poco más o menos». Su superficie se componía de entrantes y salientes formando bloque, de diferentes materias, anexionadas unas con otras, sin que apareciesen clavos, tornillos o tensores. Si la materia era dura o blanda, negra o roja, fría o caliente, rígida o elástica, habría hecho falta un avance de mil siglos en la civilización para poderlo apreciar. Renato se hallaba en el mismo caso que un pez recién surgido de los abismos oceánicos al enfrentarse con el más allá de la superficie; le sucedía como al ciego de la fábula que al recuperar la vista confundió el color negro con el blanco.

Como otras veces le había ocurrido, Renato pasó del terror a la curiosidad. Resurgía en él su viejo espíritu de luchador, la verdadera personalidad que encubría su desmedrado cuerpo.

Aquella cosa se movía y le miraba, Renato lo descubrió por intuición, por la correspondencia de sus sentidos hacia las sensaciones externas.

—Suelte usted esa pistola.

La voz sonó junto a la cabeza de Renato. Este se tambaleó del sobresalto. Era una modulación perfecta del inglés, tan perfecta que no podía concebirse que fuera humana.

La «cosa» estaba ahora a menos de una yarda de Renato ocupando toda la perspectiva de la habitación. En el ambiente flotaba un irrespirable olor a podredumbre, a cadáveres en descomposición.

Ahí sí que existía una horrible certeza en el embotado cerebro de Jansen.

—Suelte usted esa pistola.

Se repitió la orden con una maquinal exactitud de sonidos.

Lejos de obedecer, Renato apretó el gatillo. El disparo retumbó en todo el caserón produciendo infinidad de vibraciones y ecos. El fantasmagórico objeto viviente no acusó ninguna reacción.

Jansen hizo fuego seis veces más hasta agotar el cargador, repartiendo los impactos en diversas partes de aquella mole y obteniendo el mismo descorazonador resultado.

Entonces dejó caer el revólver. Su visión comenzó a tomarse turbia. Parecióle como si una nube de gas inundara la biblioteca apoderándose a la misma vez de sus sentidos. En un rincón muy lejano de su mente brotó la idea de que estaba siendo hipnotizado o narcotizado.

Como últimas percepciones de sus pupilas creyó ver que la «cosa» se desdoblaba desparramándose en tentáculos hacia él. Algo le rozó la cara y un hedor insoportable penetró por sus fosas nasales produciéndole dolorosas punzaduras.

Debió ser esta viva sensación la que le devolvió parte de sus fuerzas infiltrándole un ansia irreprimible de luchar, de romper aquella pasividad que le conduciría irremediablemente hasta la muerte.

Una súbita inspiración iluminó su mente como el fogonazo de un «flash». Y actuó con la misma rápida decisión.

Sin detenerse a considerar las consecuencias que podrían derivarse de su acción, Renato dio un salto y cayó sobre las dos losas que constituían la clave del resorte. El bloque de la chimenea se desplazó totalmente y Jansen se introdujo en el negro orificio echando a correr a ciegas.

A sus oídos llegó el chirrido de la trampa al cerrarse. Se detuvo jadeante. Una terrible duda acababa de asaltarle. ¿Habría conseguido realmente escapar de aquella siniestra amenaza o, por el contrario, la situación sólo había cambiado de escenario? Las tinieblas que le rodeaban impedíanle saberlo.

Instintivamente se llevó la mano al bolsillo del pantalón. Con febriles movimientos sacó de él la linterna eléctrica y más nervioso, si cabe, la encendió.

Una oración de gracias acudió a sus labios al apercibirse de que el túnel o pasadizo se hallaba completamente desierto.

En aquel instante no se le ocurrió pensar que su situación continuaba siendo igual de comprometida; ni remotamente pudo sospechar que sus pasos le iban a conducir al más espeluznante de los infiernos.

CAPITULO VIII

Como si una mano invisible animara el movimiento de los árboles, éstos se bandearon de izquierda a derecha, cedieron las copas y el enramado, y una gigantesca plataforma surgió del interior del bosque, deteniéndose a unas treinta yardas de altura. Una suave luz violeta acompañó a la aparición revelando cada uno de los tétricos detalles que la componían.

Sobre la circular plataforma veíanse en amontonado revoltijo infinidad de fragmentos animales de las más diversas especies. Cabezas de tigre, leonados cuerpos con sus patas seccionadas, retorcidos colmillos de elefantes y bueyes, relucientes restos de reptiles, todo ello en el más confuso desorden y con la añadidura de otras materias carnosas cuyo origen horrorizaba adivinar. Un nauseabundo olor a carroña impregnó el aire.

Cheryl sintió junto a sí el cuerpo tembloroso de Susana Taher.

—No quiero verlo...—murmuró ella entrecortadamente—. Es demasiado para mis nervios... ¡Vámonos!...

Cheryl abandonó la contemplación del alucinante espectáculo para posar su mirada sobre la aterrada joven.

—Tenga valor, Susana—dijo tratando de animarla—. Probablemente será un efecto ilusorio, una especie de espejismo. Esperemos a ver lo que sucede...

El silencio de la noche fue quebrado por el restallar de un disparo de revólver. Sonó lejos, procedente del castillo, y acompañado de una sucesión de ecos.

—Ha sido Jansen—dijo Susana estremeciéndose—. Algo le debe estar ocurriendo...

Uno tras otro sonaron seis disparos más. A Cheryl le flaquearon las piernas ante la gravedad de lo que debía estar aconteciendo en el castillo. Le acometió un angustioso deseo de echar a correr en ayuda de su amigo. Susana lo comprendió al ver su expresión.

— ¡Vámonos, Cheryl!—le susurró al oído—. Antes de que sea demasiado tarde.

Un destello formidable iluminó la plataforma durante una fracción de segundo. Cuando las pupilas se acomodaron nuevamente a la oscuridad pudieron ver que el informe amasijo había desaparecido,

quedando limpia la pulida superficie. La llamarada había desintegrado el montón de restos animales.

El rebullir de una sombra sobresaltó a Cheryl y su compañera.

—Soy yo—dijo en voz baja Leo Salem que había abandonado su escondite para acudir junto a los otros—. Mis nervios no me dejaban soportar la soledad. ¿Habéis visto lo mismo que yo?

Cheryl hizo un gesto con la mano recomendando silencio. Luego la misma mano señaló el cielo.

Una forma negra, oblonga y plana, descendía de las alturas con la suave lentitud de un paracaídas. El objeto, auténtico platillo volante desprovisto de luces, se recortaba nítidamente en el blanco disco de la luna. Ningún rumor delataba el descenso.

Ante los asombrados ojos de los tres espectadores, el platillo volante se detuvo sobre la plataforma. Su tamaño no excedía al de un helicóptero corriente, y parecía carecer de peso a juzgar por la inmóvil firmeza del eje que sostenía el circular pedestal.

Un tenue halo luminoso envolvió la astronave —no existía la menor duda de que lo era—permitiendo ver la abertura de una escotilla de pequeñas dimensiones.

Surgieron tres diminutas figuras cuyas formas y viveza de movimientos hacía recordar a los simios. La escotilla se cerró y las tres figuras comenzaron a parlotear en una jerga incomprensible.

—Son iguales que el idolillo que encontramos en la habitación de Charles—dijo Salem—. Me gustaría saber de qué mundo proceden.

Cheryl silenció a su amigo de un codazo. Acababa de percibir un ruido lento y arrastrado que provenía del castillo; había sonado como un lejano trueno, como un desmoronamiento de tierra y rocas.

La atención de los tres fue atraída nuevamente hacia la plataforma. Esta había comenzado a ceder y ya los árboles volvían a enderezarse para, al cabo de unos segundos, ocultarla definitivamente.

Burton sacudió inconscientemente sus hombros como para liberarlos de una carga que los oprimiera.

— ¿Lo hemos visto en realidad o ha sido una pesadilla?—inquirió devolviendo a su voz el tono normal.

—Quisiera poderte complacer pero ha sido una realidad indiscutible—contestó Salem con amargo sentido del humor—. En sólo un cuarto de hora hemos visto la cremación de un pudridero animal y la llegada de una nave interplanetaria. Y además, sin costamos un penique el espectáculo.

Cheryl consultó su reloj.

—Faltan veinticinco minutos para que se extinga el plazo convenido con Renato—dijo— Vamos a ver si todavía continúa allí.

Supongo que sus disparos se deberían exclusivamente a una alegre cacería.

— ¡Ojalá que tengas razón!—dijo Salem.

Cheryl puso en marcha el radioemisor y efectuó una llamada. El silencio fue la respuesta.

—Prueba otra vez—aconsejó Salem. Su expresión era sombría.

También el segundo intento resultó fallido.

— ¡Le ha debido ocurrir algo!—exclamó Susana incapaz por más tiempo de dominar su excitación.

— ¡La plataforma!—el grito de Salem restalló como un latigazo —. ¡Viene hacia nosotros! ¡Cuidado, apartaos!

Tuvieron el tiempo justo para darse cuenta de que cualquier movimiento les habría costado la vida. Esta vez la plataforma no había ascendido verticalmente sino que se había deslizado en diagonal, quebrando arbustos y apartando el ramaje, para situarse casi a los pies del grupo. Su negra superficie relucía como el mármol y ningún objeto la ocupaba. De sus afilados bordes brotaban chorros de luz que al reflejarse contra la tierra y las rocas levantaban columnas de vapor hirviente.

La luz desintegrante fue cercando paulatinamente a los tres jóvenes. Pocos instantes más y serían irremisiblemente carbonizados... a menos que obedecieran la invitación. Porque de una invitación se trataba, sin ningún género de dudas. O saltar a la plataforma o morir abrasados.

Preso por uno, preso por mil, era la frase favorita de Cheryl Burton; lo que expresado en los términos adecuados a la situación equivalía a preferir un destino desconocido a la extinción pasiva.

Cogiendo a Susana por la cintura la elevó con sus poderosos brazos y de un salto se plantó encima de la refulgente superficie.

— ¡Date prisa, Salem!—le exigió imperioso—. ¡Salta de una vez!

Leo lo hizo en el preciso instante que los chorros de luz barrían el suelo que estaba pisando. Nunca un hombre estuvo más cerca de la muerte ni nunca se libró por tan infinitesimal fracción de segundo.

La plataforma comenzó a evolucionar circularmente. Sus soportes, elásticos probablemente, la hacían deslizarse a diferentes alturas alargando el radio de acción a todo lo que era el bosque. Y al mismo tiempo, aquella luz de indefinible coloración hacía crepitar, desintegraba en la entera acepción de la palabra, la tierra, el musgo, los árboles, las rocas. Desde el improvisado refugio, Cheryl y sus amigos pudieron contemplar pasmados cómo el bosque desaparecía a sus pies para convertirse en un yermo paraje humeante y de borrosa configuración.

—Mucho me temo que tengamos que cambiar de opinión—dijo Cheryl sin el menor matiz emocional en su voz—. No hemos sido

invitados...

— ¿Quieres decir que han intentado asesinarnos?—inquirió Leo Salem.

—Asesinados no es el vocablo exacto; han intentando borrarnos de la faz de la tierra, reducirnos a esa clase de polvo que la policía jamás identificaría como residuos humanos.

Los bordes de la plataforma dejaron de emitir aquella peculiar luminosidad.

— ¿Crees que sería aventurado saltar afuera? —preguntó Salem calculando las probabilidades de salir ilesos en una caída libre desde veinte yardas.

—No seré yo quien lo haga—repuso Cheryl—. El suelo debe estar incandescente.

—Pero no podemos seguir así—terció Susana suplicante—. La plataforma se hundirá,..

—Se está hundiendo—corrigió Cheryl sintiendo que se le encogía el corazón—. ¿Lleváis los revólveres?

Susana y Salem asintieron. La joven fue a decir algo pero la oscuridad se les vino encima y el estrellado cielo desapareció como por ensalmo.

El veloz descenso a través de las tinieblas se hizo interminable. La temperatura aumentaba, el aire se enrarecía y, como consecuencia, la tensión nerviosa de los tres jóvenes se unió a un creciente malestar físico.

Las manos de Cheryl se encontraron con las temblorosas de Susana. Era una mutua demanda de protección espiritual. Ninguna palabra salió de aquellas bocas resecas por la angustia. No eran precisas tampoco; la hipersensibilidad de los sentidos hacía que éstos transmitieran y captaran mensajes telepáticos tan diáfanos como el más elocuente de los discursos.

Una difusa claridad comenzó a surgir de las profundidades revelando los detalles del circular foso vertical. La velocidad del descenso, sin embargo, no permitía apreciar otra cosa que lisas paredes talladas con una asombrosa simetría. Que eran artificiales no cabía dudarlo; e igualmente se evidenciaba que jamás la mano del hombre intervino en su realización.

Súbitamente se detuvo la plataforma. Y el panorama cambió por completo.

La cavidad se había ensanchado tan enormemente que las paredes apenas se distinguían difuminadas por la distancia. Ahora los bordes de la plataforma se ajustaban matemáticamente a la abertura del suelo. Pero no era esto lo más extraordinario. Con sólo tres frases, Leo Sam hizo la descripción de la escena.

—Una sala de disección y experimentación; mirad los cadáveres

allí, amontonados, probablemente desprovistos de sus vísceras. Y sacadme del error si aquello que estoy viendo allí no es un platillo volante.

Aturdida por el horror que emanaba del cuadro, Susana refugió su cabeza en el pecho de Cheryl.

—A mi padre lo sacaron de aquí—murmuró—. El me lo dijo... enormes túneles y máquinas incomprensibles...

—Creíamos que sólo eran seis los científicos a quienes les robaron el cerebro—dijo Cheryl—. Seis son los que volvieron con vida... Sabios de todo el mundo habrán perecido víctimas de este monstruoso complot. Nunca se sabrá de ellos...

— ¿Y de nosotros, querido?—Salem volvía a ser el cínico y despreocupado miembro del grupo. Su sangre fría, tantas veces admirada por el propio Cheryl, hizo el milagro de serenar a sus compañeros.

—De nosotros se dirá que somos tres imbéciles—contestó Burton con el mismo acento mordaz—. Cierto que cuando Cristopher Lane se decida a ir a la policía con su cuento de los fantasmas inscribirán nuestros nombres en el libro de los héroes. Pero no es menos cierto que debajo de cada nombre habrá un epitafio que diga: «Este fue uno de los tres que alcanzó el mayor grado de imponderable imbecilidad.»

—De mí también dirán algo—manifestó Susana haciendo un esfuerzo por situarse en el mismo plano anímico de Burton y Salem.

—De usted dirán que... ¡Cielos, estoy soñando o ese cadáver se mueve!

La exclamación de Leo Sam fue la mayor verdad de las dichas. A cincuenta yardas de distancia, un cuerpo humano ataviado con prendas grises rebulló en el suelo, levantó la cabeza, miró a los recién llegados y echó a correr hacia ellos como una exhalación.

Se detuvo junto a ellos. Era un hombre de estatura aproximada a la de Renato Jansen, metido en carnes y de rostro macilento. Una fina línea roja le surcaba diagonalmente la frente. Se quedó mirándoles con expresión aturdida y excitada, a la vez.

— ¿Aún no les han cogido?—inquirió casi en un golpe de voz, de tan rápidamente que quiso hablar—. ¡Contesten pronto! ¿Les han operado o no?

—No...—comenzó a contestar Cheryl.

— ¡Magnífico!—el individuo extrajo un lápiz rojo del bolsillo superior de la americana y se acercó a Cheryl—. ¡No se mueva, no le voy a hacer ningún daño!

Con un vertiginoso ademán trazó una raya entre las dos sienes del aristócrata.

— ¡Ahora ustedes!—exclamó dirigiéndose a Salem y a la

muchacha. Y con dos trazos marcó las respectivas frentes—. ¡Vengan conmigo sin perder un instante! ¡Pueden llegar en cualquier momento!

—Díganos al menos qué es lo que pretende —dijo Cheryl sin comprender nada de lo que estaba ocurriendo.

— ¡Ustedes ya están operados!—contestó el individuo—. ¡No les molestarán si se fingen inconscientes! Yo he logrado librarme de ellos... ¡Pero, por los clavos de Cristo, no se estén ahí quietos! ¿Quieren salvarse o no? ¡Vengan, síganme!...

El hombrecillo echó a correr hacia el lugar donde se hallaba primitivamente. Medio, minuto después, Burton y los demás le hacían compañía en idéntica postura que todos los cuerpos que allí yacían.

—No están muertos—dijo el extraño personaje refiriéndose a lo que suponían cadáveres—. Se hallan en estado de recuperación para ser devueltos al exterior. Se me olvidó decirles que mi nombre es Lyonel Carradine. Tal vez me hayan oído nombrar.

Cheryl giró suavemente la cabeza para examinar al otro.

—Carradine, geofísico de la universidad de Columbia—dijo amortiguando el tono de su voz—. ¿También le raptaron?

—Igual que a los otros—contestó Carradine—. Llevo cuarenta y ocho horas aquí y creo saber qué es lo que pretenden esos diabólicos pigmeos siderales. Quieren apoderarse de la Tierra para anexionarla a otro sistema planetario...

— ¡Apoderarse de la Tierra!—la exclamación partió de Leo Salem—. Y ¿cómo? ¿Haciendo un túnel?

—Sí, amigo; haciendo un túnel que cruce de parte a parte el globo terráqueo; lo que llamamos un eje imaginario. Es sencillísimo de explicar... ¡Silencio! ¡No hagan el menor movimiento si quieren conservar la vida! ¡Ya vuelven otra vez!

CAPITULO IX

A duras penas consiguió Cheryl normalizar la frecuencia de su respiración. Tendido en el suelo, boca arriba y con descuidado abandono, sólo tenía que entreabrir ligeramente los párpados y mirar por el rabillo del ojo para distinguir perfectamente la febril actividad de los liliputienses seres. Eran cinco y sus tamaños aproximados. Nunca Cheryl los vio mejor y más cerca; y nunca como ahora se halló más al borde de una crisis nerviosa. No era lo mismo enfrentarse a un enemigo estando en posesión de todos los resortes vitales y en un plano de igual movilidad que aguardar pasivamente la decisión de dicho enemigo sabiendo que entre la vida y la muerte no existe ninguna barrera.

Cheryl los vio rebullir por entre los cuerpos yacentes, cosquillearles con sus aceradas lancetas, examinarles atentamente. Les oyó gorjear y cuando no emitir roncos graznidos cual si fueran órdenes que se cruzaran entre sí. Siempre por el rabillo del ojo observó sus negrísimas pupilas y los salientes córneos que les hacían asemejar a aves rapaces. También pudo percatarse de sus extrañas vestiduras, placas metálicas que les protegían gran parte del cuerpo y las extremidades.

Vio aproximarse a uno de ellos. El corazón le latió desacompasadamente cuando se situó junto a Susana. Esta se hallaba da bruces y, probablemente, ajena a la siniestra exploración de que estaba siendo objeto.

El diminuto ser saltó por entre las piernas de la muchacha y se acercó a él. Cerró los ojos y trató de relajar sus nervios, a fin de dar una completa sensación de inconsciencia.

En aquel brevísimo espacio de tiempo, por la mente de Burton se sucedieron vertiginosamente las más dispares ideas. Junto al recuerdo de su primera entrevista con Cristopher Lane saltó la sospecha de que aquella burda raya roja que Carradine le hiciera en la frente no pasara a la vista del enano, como una auténtica cicatriz.

Algo tibio estiró de su párpado superior izquierdo dejándole el ojo al descubierto. La visión estuvo a punto de hacerle saltar un grito. La cabeza de aquel ser se hallaba inclinada sobre su frente a menos de cinco pulgadas de distancia. Le escrutaba con una fijeza

escalofriante, como si quisiera penetrar en los secretos de su mente.

El examen duró escasísimos segundos. Cesó la presión sobre el párpado y el ser se escabulló con la misma rapidez con que se presentó.

Cheryl ahogó un suspiro de satisfacción. Al entreabrir nuevamente los párpados contempló cómo los cuerpos de dos individuos se incorporaban vacilantes y echaban a andar detrás de las cinco figurillas.

Tras ocupar el centro de la brillante plataforma, ésta ascendió velozmente dejando vacío el hueco del pozo, a excepción de un delgado eje que la sustentaba.

—No se muevan—advirtió Carradine sin variar de postura—. La plataforma volverá a descender.

— ¿Se los han llevado a la superficie?—inquirió Leo Salem que, evidentemente, había espiado la maniobra.

—Sí, pero no saldrán por el mismo sitio que entraron ustedes—replicó Carradine—. La perforación tiene más de cien desviaciones repartidas a lo largo y ancho de toda la isla.

—Está usted muy enterado—dijo Cheryl—. ¿Acaso entiende el idioma de ellos?

— ¡Chist!—advirtió el geofísico—. La trepidación de las paredes indica que bajá el ascensor.

Carradine no se equivocó. Con su característica celeridad, la plataforma se detuvo al nivel del suelo, portando a un solo ser. Este caminó con presteza hasta el platillo volante y desapareció en su interior. La astronave se deslizó lentamente sobre el piso firme para frenar sobre la plataforma que, acto seguido, inició el ascenso.

Carradine se puso en pie estirando sus miembros.

—De momento ha pasado el peligro—informó alegremente. Su crítica situación parecía haberla tomado del modo más filosófico—. Tal vez nos dejen solos unas cuantas horas.

Burton, Susana y Salem se incorporaron…

Una sonrisa nerviosa crispaba los labios de la joven.

— ¿Qué es lo que ha ocurrido?—preguntó dirigiéndose a Cheryl—. Algo horrible, supongo.

El aristócrata se lo refirió a grandes rasgos.

—Se me pusieron los pelos de punta cuando le vi que se acercaba a usted—dijo a guisa de colofón—. Fue el momento cumbre; «ser o no ser», como dijo el clásico.

— ¿Cree usted que todavía «somos»?—la mordaz ironía de Susana devolvió el matiz dramático a la situación.

—Si conseguimos fingir hasta el final no correremos ningún peligro—afirmó Carradine—. Más tarde o más temprano seremos devueltos a los lugares en donde nos capturaron. Esta vez pudo

tocarme a mí, o a usted, señor...

Cheryl hizo las presentaciones.

—Nosotros no podemos lamentamos de que el destino nos haya traído aquí caprichosamente—dijo a continuación—. Vivimos porque sí, porque fuimos lo bastante necios para negar las primeras evidencias, porque creíamos ver falsos fantasmas en donde habían visitantes de otros mundos.

Carradine echó a andar por entre los inertes cuerpos.

—Voy a presentarles a algunos amigos—manifestó con la sorna adecuada a las circunstancias—. Este que ven ahí, el de la barba rubia, es Harold Raskin, el mejor calculador mental de Europa; aquel del sobretodo gris es Nwerest Hadar, cirujano del «Royal College»; el que tiene usted a su derecha, señorita Taher, ocupa el cargo de director del «Planetarium Rochester»...

—Todos son hombres de ciencia—interrumpió Cheryl reflexivamente—. Realmente curioso. ¿Con qué finalidad robarán sus cerebros?

—Hay algo más curioso todavía—replicó Carradine—. Debajo de nosotros, a muchas millas de profundidad, hay otra sala de disección como ésta. Pero allí no se experimenta con seres humanos sino con animales de todas las especies...

— ¡Vimos los restos!—exclamó Susana excitada—. ¿Se acuerda, Cheryl? Aquella cremación la primera vez que vimos la plataforma.

—Leones, elefantes, serpientes—recitó Leo Salem—. Una rica colección africana.

—Ejemplares de todos los continentes—rectificó Carradine—. Aparentemente no hay orden ni concierto en la elección de las especies; sin embargo, el resultado final de la maquinación de nuestros amigos, los siderales, revela una asombrosa intuición para unas mentes tan simples e imperfectas como las suyas. Sabiéndose inferiores a nosotros y conociendo su impotencia en una contienda a entablar para apoderarse de la Tierra, han recurrido a una estratagema admirable; han creado un ser perfecto, aunando en él las cualidades esenciales de cada especie ; un ser dotado de vida propia que reúne toda la sabiduría encerrada en los cerebros de cientos de investigadores y hombres de acción, la fortaleza descomunal de los paquidermos, la agilidad de los felinos, el veneno de los reptiles, la facultad de ver en la oscuridad, el olfato de los perros, la audacia suicida de algunos animales marinos. La lista sería interminable. Y ese excepcional ser, fruto de la cirugía, única ciencia que dominan los siderales, se basta por sí solo para enfrentarse a la Humanidad. El ha resuelto los problemas inherentes a la excavación del eje terrestre y ha dotado a la plataforma del justo poder destructivo para adecuarlo a

las diferentes capas atravesadas; lo mismo para los estratos calizos que para el flamígero núcleo central; él tiene una solución para todo, él lo sabe todo, desde las listas completas de sabios hasta la fórmula exacta de contrarrestar una temperatura de mil grados centígrados. El es el ser racional que regiría maravillosamente el cargo de único gobernante de la Tierra.

— ¿Usted le ha visto?—interrogó Leo Salem dudando de la veracidad de lo expuesto por el geólogo.

—Y he hablado con él—respondió Carradine.

La declaración del geólogo dejó en suspenso el ánimo de los circunstantes. ¿Cómo había podido aquel hombrecillo, además de soslayar innumerables peligros, proveerse de tanta información y llevar a cabo activamente tales pesquisas? ¿O acaso les estaba contando una sarta de embustes?

— ¿Qué le dijo ese ser perfecto?—inquirió Cheryl.

—Yo le llamo el «robot integral». En ocasiones se deja ver por aquí y entonces charlamos. No es peligroso, salvo cuando cumple órdenes. Me contó que los siderales llegaron a la Tierra hará cosa de tres meses, procedentes del planeta Danton, en la Gran Nebulosa de Orión. El suyo es un planeta colonizador y para atraerse a sus cercanías a los mundos conquistados utilizan una forma de energía parecida al magnetismo que nosotros conocemos pero infinitamente más potente. Sin entrar en detalles, que ignoro por completo, les diré de qué modo se apoderarán de la Tierra en cuanto el eje que la atraviesa esté concluido. Fíjense en esto—Carradine sacó un llavero de cuyo extremo pendía una diminuta esfera terrestre—. Supónganse que está flotando en el aire y que unos seres diminutos, del tamaño de bacterias, le hacen un agujero que ponga en comunicación los dos polos. Después esos seres microbianos pasan un cable elástico por dicha perforación y usted, por ejemplo, toma los dos extremos del cable a la distancia que desee, los une en una lazada y tira de ésta consiguiendo con un mínimo de esfuerzo llevar la esfera al lugar que se le apetezca. Ahora cambien los términos y pongan a la Tierra en lugar de este llavero y a la energía magnética en el del cable. ¿No han oído ustedes hablar del «Sputnik V»?

Los circunstantes asintieron comenzando a comprender la grandiosidad del proyecto.

—Pues bien—continuó Carradine—; el Sputnik V» no es ningún satélite ruso como la gente cree. Es el receptor-emisor de energía magnética que arrastrará a la Tierra hasta la Gran Nebulosa de Orión.

— ¿Cuándo ocurrirá eso?—preguntó Cheryl sintiendo que un escalofrío le recorría la columna vertebral.

—Probablemente dentro de pocas horas. Según mis cálculos, los siderales han alcanzado ya una profundidad de doce mil

kilómetros, faltándoles, para que la perforación culmine en Australia, aproximadamente otros mil.

— ¿Y nosotros a qué distancia estamos de la superficie?—quiso saber Leo Salem.

Carradine sonrió.

—Escasamente a quinientos kilómetros. El descenso de ustedes fue muy lento en comparación a la rapidez que puede alcanzar la plataforma. Su máxima velocidad oscila entre los diez y quince mil kilómetros por hora. Asombroso, ¿verdad?

—Es inconcebible que tal vez no volvamos a ver nuestro Sol—declaró Susana—; inconcebible y espantoso. ¿A qué desastres nos llevará este cataclismo?

—No Se apure, señorita Taher—dijo Carradine volviendo a sonreír—. Todo seguirá en su sitio y la vida se deslizará por los mismos cauces.

—Sí, todo seguirá igual—contestó Cheryl con acento sombrío—. Sólo que pasaremos a ser esclavos de una raza que únicamente tiene de humano la ambición de dominar el Universo. Tiene usted razón, Susana: si hay algo más terrible que morir es el inclinar la cerviz y renegar de los ideales que siempre nos han sustentado.

— ¿Por qué?—Carradine se encogió de hombros sonriendo filosóficamente—. Lo que importa es vivir, realizar las funciones fisiológicas, acomodarse a las circunstancias. Bien mirado el hombre siempre ha sido esclavo. ¿Qué más da que lo sea de un dictador de ojos oblicuos y tez amarilla que de un lagarto bicéfalo?

Por un instante pareció brillar la luz del desprecio en las pupilas de Cheryl...

—Si da lo mismo ser un esclavo, ¿por qué no se sometió usted a la extracción de células grises de su cabeza?—le preguntó fríamente.

—Pude escabullirme haciendo uso de la inteligencia. Eso no hace al caso.

—Sí hace al caso—rebatió Cheryl con firmeza—. Si usted puso todos los medios para salvarse a sí mismo, la Humanidad debe hacer exactamente igual. .

—La Humanidad no tiene la menor idea de lo que va a ocurrirle. Esa es la diferencia.

Una casi imperceptible trepidación llegó hasta ellos.

— ¡Ya vuelve la plataforma!—avisó Carradine excitado—. ¡Tiéndanse en el suelo, en la misma postura que antes, pronto!

Cheryl levantó las manos para advertir a los otros que no se movieran. Sus facciones parecían esculpidas en granito.

—Vamos a luchar por la libertad de la Tierra —anunció—. Ignoro de qué forma podremos hacerlo, pero todo es preferible a quedarse

con los brazos cruzados y aceptar cobardemente la tiranía de los siderales. ¿Quién está conmigo?

Susana le sonrió. Había en sus ojos admiración y fe hacia aquel hombre al que hasta entonces consideró como una muestra de la frívola sociedad londinense.

—Yo estoy contigo, Cheryl—le dijo sin un asomo de nerviosismo.

El aristócrata fijó su mirada interrogativa en Leo Salem.

—Espero tu respuesta, Leo.

Un rictus irónico se dibujó en los finos labios de Salem. Con un rápido ademán, éste sacó su revólver.

—Nunca esperé que me hicieras esa pregunta —respondió—. Es improcedente, ofensiva y adecuada para que te conteste una barbaridad. Lo único que siento es que Renato no esté entre nosotros. Es la primera vez que el equipo se halla incompleto.

—Gracias—dijo Cheryl emocionado—. Sólo falta su decisión, señor Carradine.

El geólogo hizo su característico encogimiento de hombros.

—Bueno, les ayudaré con mis escasas fuerzas—contestó—. Me había hecho la ilusión de vivir pero la cambiaré por la de ser un héroe frustrado.

Un leve chirrido les hizo volver la cabeza.

Allí estaba la plataforma y sobre ella el «robot integral.

CAPITULO X

Aquella masa informe compuesta de injertos humanos y animales avanzó hacia los terrestres. A primera vista parecía carecer de extremidades aptas para la locomoción, pero observándola con fijeza podía verse que reptaba con imprescindibles movimientos convulsivos. .

— ¡Somos amigos!—exclamó Carradine preso de la angustia al ver que no se detenía—. ¿Qué es lo que quieres de nosotros? ¡Habla, di algo!

—No escaparéis—habló el «robot» con una voz que salía de sus profundidades—. Habéis sido descubiertos y se ha decretado vuestra muerte.

Los terrestres retrocedieron. Contra su determinación de luchar se había impuesto un pánico colectivo. La presencia de aquella masa viviente era tan repelente y espantosa que los sentidos se negaban a aceptarla como cosa real.

De pronto, el «robot» se desplegó ofreciéndose en sus verdaderas dimensiones. Tentáculos, zarpas, colmillos y ojos distribuíanse en la superficie carnosa en caprichoso desorden. El terrorífico monstruo carecía de cabeza propiamente dicha, por lo que era imposible adivinar dónde se hallaban sus centros vitales.

Cheryl hizo fuego dos veces sin que el «robot» acusara los impactos.

Dando un rodeo en torno a los cuerpos diseminados, el grupo se situó en el otro extremo de la vasta sala. La gigantesca plataforma quedó entre el «robot» y ellos.

— ¡No le dispare, Burton!—advirtió Carradine aterrorizado—. ¡Hay que convencerle de que no vamos contra él! ¡Detente, rob...!

Un tentáculo silbó sobre la cabeza de Cheryl y alcanzó de pleno el rostro del geólogo interrumpiendo su súplica. Un alarido de dolor se escapó de los labios de Carradine. Este cayó como fulminado por un rayo.

Inadvertidamente, Cheryl pisó la plataforma. El «robot integral» fijó en él su atención y se dirigió a su encuentro. Dominada por un frenesí histérico, Susana quiso interponerse entre ellos, pero Leo Salem cortó la acción asiéndola por los hombros.

— ¡No seas suicida!—le apostrofó—. ¡Deje las tonterías para otra ocasión y aguarde a ser útil!

— ¡Pero no ve que va a matarle!—los ojos de la muchacha parecían a punto de desorbitársele—. ¡Haga algo, no se esté quieto! ¡Échate atrás, Burton, te despedazará!

La diestra de Salem abofeteó por dos veces las mejillas de Susana. Su alocado nerviosismo se transformó en un llanto incontenible.

Cheryl y el «robot» giraban lentamente sobre la misma plataforma; parecían estudiarse mutuamente, aguardar el descuido del otro para lanzarse al ataque. No cabía más desproporción entre ambos contendientes. La hercúlea contextura de Cheryl resultaba insignificante al lado de aquel deforme ser cuya apariencia hacía recordar vagamente á un engendro mezcla de pulpo y raya. Las aletas y tentáculos del «robot» tanteaban el aire con horripilantes silbidos. Una de tales extremidades podía alcanzar en cualquier instante al joven aventurero abatiéndole con la misma facilidad que lo hizo con Carradine.

Extraordinariamente sereno, haciendo gala de un fatalismo inconcebible, Cheryl levantó su revólver y apuntó a uno de los ojos de la bestia. Sonó un disparo.

Algo asombroso sucedió entonces. El «robot» se replegó instantáneamente adoptando aquella forma pétrea con que se manifestara en su aparición.

— ¡Salta ahora, Cheryl! —gritó Salem—..¡Le tocaste en un punto vital...!

Su voz se quebró en un grito ronco al ver cómo la plataforma se hundía velozmente llevándose a Cheryl y al «robot».

— ¡Santo Dios, qué desastre!—musitó sintiendo un escalofrío de horror—. ¡Ahora sí que lo hemos perdido todo!

— ¡Usted tuvo la culpa!—Susana se desasió con los ojos llameantes—. ¡Usted le mató! ¡Cobarde!

Salem asintió en silencio. Unido al dolor producido por la irremisible muerte de su amigo, un irresistible remordimiento de conciencia le atenazó las entrañas induciéndole a los pensamientos más desesperados.

Lyonel Carradine rebulló en el suelo murmurando algo ininteligible. Al incorporarse, su rostro mostraba un gran hematoma morado.

— ¿Qué ha ocurrido?—inquirió con tono desvalido.

Susana se mordió los labios para contener la durísima explicación que iba a dar.

—Cheryl y el «robot» han desaparecido en el abismo—su voz carecía de matices—. Quise evitarlo pero Salem se metió por en

medio.

—Puede acusarme únicamente de cambiar su vida por la de mi amigo—replicó Salem—. ¿Pretende convencernos de que no lo prefiere usted así?

—Usted no puede comprenderlo—había un indisimulado desdén en la respuesta de la joven.

Carradine, imperturbable aun en los momentos más críticos, se permitió sonreír. Su amoratado rostro se asemejó a una grotesca máscara.

—Quizá la señorita está enamorada del señor Burton—dijo—. Y quizá el señor Burton lo estuviera de ella.

Por un momento pareció que Susana iba a estallar en otra explosión de cólera. Sin embargo, se reprimió a duras penas. Establecióse un silencio opresivo entre ellos.

El tiempo transcurrió con la angustiosa monotonía que precede a un futuro preñado de implacables amenazas.

—Tengo hambre—dijo Carradine materializando sus sentimientos. Su reloj se había parado varias horas antes y las frecuentes consultas de que le hacía objeto no significaban otra cosa que el recrudecimiento de sus apremiantes deseos de comer—. Ustedes pensarán desagradablemente de mí, pero la verdad es que cambiaría mis esperanzas de sobrevivir por un trozo de pan.

Susana y Salem no contestaron. Se hallaban sentados casi al borde del circular abismo e instintivamente rehusaban cruzar sus miradas.

—Yo les di la fórmula para salir de este maldito agujero—continuó el geólogo—. Sin embargo, prevaleció el altruismo absurdo del señor Burton. Henos aquí ahora esperando la segunda edición del drama.

—Los antropófagos comen carne humana —replicó Salem despreciativamente—. ¿Qué espera para saciar su apetito?

Carradine no se ofendió por el insulto. Al contrario, sus labios se distendieron en una amplia sonrisa.

—Me juzga mal, amigo—dijo—. Ustedes, los idealistas, están equivocados la mayor parte de las veces, cierran los ojos al lado práctico de las situaciones, se convierten en fanáticos y ahí es donde reside el principal error de la Humanidad. El fanático desprecia la realidad para aferrarse a lo intangible. Contéstenme con franqueza: ¿qué pensarían ustedes del individuo que le arrojara del último piso del «Empire State» para salvar a un amigo que una hora antes hubiese caído desde el alféizar de la misma ventana? Dirían que estaba loco de remate. Pues, sencillamente, eso es lo que ha hecho Cheryl Burton.

Desde todos los puntos de vista, lo dicho por Carradine

constituía una verdad irrebatible. Susana levantó los ojos hacia él y, sin resentimiento, declaró:

—No se esfuerce, señor Carradine. Aunque usted tenga toda la razón, me consta que Cheryl no quiso suicidarse. El se propuso alcanzar una ambiciosa meta y nosotros no le ayudamos. El hecho de estar vivos todavía no nos disculpa en absoluto.

Como por ensalmo, la plataforma surgió de las profundidades deteniéndose ante ellos. Un grupo de figurillas gesticulantes la ocupaba, faltando la presencia de Cheryl y el «robot».

Esta vez, Leo Salem no dejó que la sorpresa le inmovilizara. Jamás supo qué razón lógica fue la que le impulsó a dar un brinco y situarse entre los «siderales». En el mismo instante en que sus pies caían sobre la plataforma ésta salió disparada hacia arriba penetrando en un reino de oscuridad absoluta.

El ronco graznar de los liliputienses seres se convirtió en una algarabía infernal.

Salem sintió un terrible aguijonazo en el tobillo izquierdo. Su revólver crepitó en tomo suyo hasta agotar el cargador. Uno y otro pinchazo, a cual más doloroso, hirieron la parte baja de sus piernas.

Inesperadamente, la tierra se abrió ante sus ojos cegándole la claridad del día. Le bastó una simple ojeada para percatarse de que aquel paisaje no correspondía a Oldcastle. Las figurillas rebulleron entre sus pies y echaron a correr hacia un objeto negro de grandes dimensiones y aerodinámicos perfiles.

Dominado por un furor incontenible, sin hacer caso del cada vez mayor dolor de las piernas, Salem siguió a los «siderales». Era una carrera inútil puesto que estaba prácticamente desarmado y sabíase herido de muerte. En su enfebrecida mente saltó el recuerdo de «Cyril», el fiel perro de Burton al que un solo lancetazo bastó para desintegrarle en cuestión de minutos.

El platillo volante, aquel objeto negro que relucía al pie de las dunas, giró sobre sí mismo dejando ver una regular abertura oblonga.

Los «siderales» se introdujeron alocadamente, pugnando por escapar a la persecución del terrestre. Pero éste no les dio tregua. Con la rapidez de un relámpago se lanzó en «plongeón» a través de la abertura para caer en su interior. La puerta se cerró a la vez que la astronave despegaba en vertiginoso vuelo ascendente.

Como en una atroz pesadilla, Salem se vio atacado por el enjambre de enanos. Era imposible contarlos mientras se debatía desesperadamente. Podían ser quince o veinte; sus pequeñas lanzas plateadas fulguraban cada vez que descargaban sobre la carne del intruso.

Quiso ponerse en pie pero su cabeza golpeó el techo de la astronave. Cayó medio atontado. De un manotazo aplastó a un

«sideral» que intentaba subírsele al pecho. Sus dedos se impregnaron de un líquido viscoso y caliente.

La sangre le hervía en las venas como torrentes de lava. Indudablemente, el veneno desintegrador de las lanzas estaba comenzando a actuar sobre su organismo.

Se pasó una mano por los ojos para aclarar la visión. Delante de él, a un par de yardas de distancia, se hallaba el piloto. Este manejaba los mandos con tan febril actividad que parecía un muñeco dotado de resortes mecánicos.

La oscuridad se cerró en torno al platillo volante evidenciando su salida de la atmósfera. Sólo quedó en el interior una leve luminosidad que se desprendía de las paredes.

Salem se arrastró hacia el piloto. Ahora ya no hacía caso de los pinchazos y cortaduras infligidas por sus enemigos. Sentíase insensible al dolor físico. Sólo le atormentaba el no saber qué hacer, la futilidad de sus esfuerzos, aquella ridícula impotencia que le impedía desembarazarse de los atacantes.

En uno de los movimientos que hizo al arrastrarse notó que sus manos cedían bajo el peso del cuerpo. Las miró y, horrorizado, vio como se habían convertido en una pulpa que se derretía. Eran sólo muñones humeantes. Un grito de fiera enloquecida brotó de su garganta.

Cayó sobre un costado. Su mirada, postrer residuo de su agonizante vida, captó la grandiosidad del estrellado cielo. Y frente a la astronave, tan próximo que parecía estar al alcance de la mano, un enorme globo metálico centelleaba inmóvil. Con los sentidos medio atrofiados, Salem pudo adivinar que aquella era la meta, el generador de energía magnética que servía a los «siderales» de base e imán para arrastrar a la Tierra hasta la Gran Nebulosa de Orión. Aquel era el falso «Sputnik V» que engañó a todos los hombres de ciencia terrestres.

La astronave varió repentinamente el rumbo y redujo su velocidad. Sin duda su piloto se disponía a posarse en el objetivo.

Era lo único que Salem podía evitar Con el rostro descompuesto por el sufrimiento, privado de brazos y asediado por el mosconeo ofensivo de los «siderales», realizó un esfuerzo sobrehumano y se irguió sobre sus flaqueantes piernas. Después se dejó caer con todo el empuje de sus noventa kilos contra el desapercibido piloto y el complicado cuadro de mandos.

Perdido el control, el platillo volante se precipitó al encuentro de la fulgurante esfera. Se produjo una llamarada indescriptible. Y luego la oscuridad total.

* * *

Uno de tantos astrónomos que observaban la trayectoria del «Sputnik V», no importa se llamara Smith o Bürgel, se volvió perplejo a su ayudante.

—Esta vez les ha fallado a los rusos—dijo malévolamente—. Su quinto satélite no ha durado más que unas semanas. Acaba de desintegrarse.

El ayudante miró a través del potente visor creyendo que Smith, o Bürgel, le había gastado una broma.

— ¡Es cierto, diablos!—exclamó atónito—. ¿Qué le habrá ocurrido? Hasta ahora no habíamos apreciado ninguna disminución de velocidad o altitud...

—Algún choque con un meteorito—sugirió el astrónomo, sin sospechar cuán lejos de la verdad se hallaban sus palabras.

CAPITULO XI

Los siete puntos luminosos continuaban inmóviles, destacándose en la oscuridad como diminutas ascuas prendidas en un negro manto.

Tendido en el suelo de la plataforma, apoyándose únicamente con un codo, Cheryl vigilaba expectante cualquier movimiento de aquellos ojos del «robot integral». No estaba nervioso; ni siquiera asustado. La mejor definición que podía darse de su estado de ánimo era la de que todo le daba igual. Vender cara su vida le satisfaría más que morir inútilmente; pero tampoco le preocupaba esta última alternativa.

El suave silbido que producía la plataforma en su rapidísimo descenso le cosquilleaba los oídos como una música grata; le recordaba el rugido de su «Jaguar» cuando lo lanzaba a doscientas millas por hora en las pistas de carreras entre las aclamaciones del público.

Sabía que el «robot» iniciaría el ataque cuando el ascensor se detuviera. Proporcionábale esta certeza el hecho de que permaneciera inmóvil desde que comenzó el descenso.

El recuento de los siete ojos del «robot» le hizo pensar en que su revólver sólo contenía cinco balas. Le hacían falta dos más para con una puntería digna del mejor tirador del Oeste americano, completar el reparto de plomo.

Con pasmosa tranquilidad se llevó la diestra al bolsillo de la americana y extrajo un peine completo que cambió por el otro. Obvio es decir que, conociendo la facultad de hablar del «robot integral», Cheryl esperó una tajante advertencia con respecto a sus posibles intenciones. Quedó defraudado a tal respecto pues el silencio entre hombre y monstruo se mantuvo hermético.

—Puesto que me temes—pensó Cheryl—, bueno será que te enseñe los dientes para futuras controversias sobre la propiedad del planeta Tierra.

Aplastándose cuanto pudo contra el frío suelo, Cheryl disparó dos veces. Apenas tuvo ocasión para darse cuenta del éxito de su puntería El sordo rugido de dolor de aquella inmunda bestia se confundió con el escalofriante silbido de los repliegues y extremidades

al desarrollarse en espasmódicas contracciones.

Algo cayó con tal fuerza sobre uno de los tobillos de Cheryl que éste experimentó idéntica sensación que si lo hubieran arrancado de cuajo.

Cheryl se puso en cuclillas y retrocedió con cautela para no perder el equilibrio y caer en el vacío. Su revólver crepitó tres veces más. ¡Maldición! Uno de los blancos escogidos continuó brillando en las tinieblas con más fulgor, si cabe, que antes.

Se inició una demoníaca danza entre los contendientes. Cheryl tenía la desventaja de no ver en la oscuridad. En el momento menos pensado, uno de sus pies se apoyaría en falso y todo habría concluido.

Le quedaban dos balas. No quiso o no pudo pensarlo más. Su índice apretó el gatillo otras tantas veces. Después echó el arma al suelo, detrás de él, para, por el sonido, averiguar si aún le quedaba sitio para retroceder si se veía obligado a ello.

Se le erizó el cabello al esperar en vano el rebote de la pistola. Era evidente que un paso más hacia atrás le precipitaría en el vacío.

Sintió un formidable golpe en la cintura y, simultáneamente, notó cómo un tentáculo se arrollaba en torno a ella y le izaba con fuerza a una altura de dos yardas por lo menos.

Se agitó desesperadamente en el aire, golpeando con sus puños aquella masa cartilaginosa.

Fue lanzado contra el suelo con enorme ímpetu. El instinto de conservación le hizo frenar milagrosamente el cuerpo cuando ya uno de sus brazos sobresalía del caliente borde de la plataforma. El corazón le dio un vuelco cuando se vio venir la luminosidad procedente del único ojo de la bestia.

¡Estaba perdido! No tenía tiempo ni para recuperar el equilibrio, aun incorporándose con toda la rapidez posible, ni para apartarse, ni tan siquiera para ensayar algún recurso que prolongara el desigual combate.

Fue un milagro de la inteligencia, la suprema inspiración que iluminó su mente como el fogonazo de un «flash». Probablemente ocurrió todo en una infinitesimal fracción de segundo; se sucedieron pensamiento y acción con la rapidez de un rayo. En el preciso instante en que el «robot» se lanzaba contra él, cuando su enorme masa viviente tomó un ciego impulso para abatirle definitivamente, Cheryl rodó sobre sí mismo echando el cuerpo fuera de la plataforma mientras sus dedos se asían con férrea firmeza a los bordes. Por un momento creyó que el tirón sería tan formidable que no podría resistirlo. Fue todo lo contrario, sin embargo. Sus manos acusaron una débil contracción como si su cuerpo hubiera perdido las dos terceras partes de su peso.

El «robot» falló la embestida. Cheryl jamás escuchó un grito tan horripilante como el que acompañó la caída del monstruo en el insondable abismo. De las paredes pareció surgir un clamor inextinguible. Los ecos de aquel rugido infrahumano asaetearon las sienes de Cheryl cual si fueran cuchillos incandescentes.

Le fue fácil alzarse sobre los brazos y rodar nuevamente hacia el centro de la plataforma. Un sudor frío le empapaba todo su ser, rechinábanle los dientes de puro nerviosismo y la garganta le dolía de reseca.

Tendióse para descansar y relajar sus entumecidos miembros. Había ganado una batalla, la más cruel que el hombre pudiera concebir; cruel por la desigualdad de fuerzas y porque ningún premio, ni un asomo de esperanza, se derivó de su triunfo. En su viaje a través de las negras profundidades terrestres, Cheryl se sintió incapaz de reflexionar sobre el destino que le aguardaba.

Le invadió una pesada somnolencia. La última imagen que pasó por su cerebro fue la de Susana Taher. Creyó verla sonreír dulcemente, esbozar un mohín de ternura amorosa... Después, nada.

Abrió los ojos, sobresaltado por una voz que le llamaba por su nombre. Los cerró instantáneamente imaginando ser víctima de una alucinación.

— ¡Llevo tres horas esperando, Cheryl!—volvió a gritar la voz—. ¡Despierta de una vez!

Ahora fue un zarandeo violento el que le obligó a afrontar la realidad. La reacción de Cheryl al ver ante sí la enclenque humanidad de Renato Jansen hubiera necesitado las páginas de cien libros para ser descrita.

— ¡Diablos, te has vuelto loco!—exclamó Jansen entre divertido y asustado— ¡Serénate, hombre! ¿Qué dirían tus amistades si te vieran?

Cheryl miró en torno suyo con expresión de pasmo. Se hallaba en una amplia explanada muy semejante a la que abandonara allá arriba, donde se entablara el mortal duelo con el «robot integral». Habían notables diferencias, sin embargo. Las paredes, en lugar de ofrecer un aspecto rocoso, presentaban una superficie humeante y pastosa de la que brotaban rojizas llamas que se desvanecían apenas tomaban contacto con el enrarecido aire. El calor era sofocante pero soportable, y la luz provenía de una especie de reflector emplazado al extremo de una hilera de complicados engranajes metálicos puestos en movimiento.

—Dime que no estamos en el infierno—la voz de Cheryl era ronca como el chirrido de aquellas máquinas.

Renato se hecho a reír.

—Tiene gracia que los dos hayamos ido a parar al mismo sitio—

dijo—; y más gracioso aún es que tengamos la pelleja sana. ¿Ves aquello que parece un termómetro?

Cheryl dirigió su mirada a una gran escala graduable con números rojos y negros sostenida por un juego de tirantes sujetos al suelo de basalto.

—Lo veo—replicó todavía aturdido.

—La posición de la aguja señala que estamos a doce mil seiscientos veinte kilómetros de profundidad, lo cual significa que nos separan solamente ciento cincuenta kilómetros del otro lado de la corteza.

— ¡No es posible!—Cheryl denegó impulsivamente con la cabeza—. Tus cálculos deben estar invertidos. Si, como dices, sólo nos separan ciento cincuenta kilómetros de la superficie terrestre, en un punto que coincidiría aproximadamente con Australia, la ley de la gravedad nos impulsaría hacia el centro del globo terráqueo. Date cuenta de lo que te quiero explicar. En el caso de que tus mediciones fueran exactas estamos vulnerando todas las leyes gravitatorias; es como si camináramos en un techo con la cabeza hacia abajo El ejemplo de las moscas te serviría...

—No te precipites, Cheryl—cortó Jansen—. Todo es como tú dices, con la diferencia de que nos movemos dentro de un campo de atracciones magnéticas artificiales. Fuera de este campo todo sucede al revés. Observa lo que hago.

Jansen se despojó de su corbata, la enrolló hasta convertirla en una pelota y luego la lanzó con fuerza hacia uno de los extremos de la vasta caverna. La reliada prenda rodó varias yardas por el suelo y súbitamente saltó al techo donde quedó adosada.

Renato se volvió satisfecho a su compañero.

— ¿Lo ves? Si tú te acercaras a esa demarcación saldrías despedido contra la bóveda.

Cheryl se rascó la cabeza.

—Aparentemente está claro—dijo—. Lo que ahora quisiera saber es cómo vamos a salir de aquí.

—Un momento antes de que hicieras tu poco airosa aparición ya tenía yo resuelto el problema. Todo es cuestión de jugarse la vida a cara o cruz. ¿Te decides?

Esta vez fue Cheryl quien sonrió

—Después de las peripecias que acabo de pasar te confieso que nada hay más grato para mí que tener la oportunidad de jugarme la vida a cara o cruz. ¿Cuál es tu idea?

—Concluir la perforación del túnel, asomar nuestras cabezas por cualquier lugar de Australia.

—Luego, ¿tú también estás enterado?—en el rostro de Cheryl volvió a reflejar la perplejidad.

—Es una historia un poco larga de contar. ¿Apruebas el plan, sí o no?

—La señorita Taher, Salem y un montón de individuos se encuentran arriba, en una caverna como ésta y, probablemente, metidos en un apuro mayúsculo.

—No queda nadie arriba—replicó Renato—. O, mejor dicho, ya están todos en la superficie, en nuestra querida Inglaterra. Los envié yo.

Cheryl abrió los ojos desmesuradamente.

— ¿Quieres decir que se hallan a salvo?—inquirió con el corazón esponjándosele de la alegría—. ¿Los has vuelto a ver?

Renato meneó la cabeza negativamente.

—Cada historia a su tiempo, mi querido Burton. ¿Por dónde quieres salir, por Inglaterra o por Australia? Ten en cuenta que obrando del último modo nos exponemos a lo peor, pero beneficiaremos a la Humanidad como nadie lo hizo hasta la fecha. Es la primera vez que me siento propenso a la heroicidad; te ruego que no me quites esta ilusión.

Casi era suplicante el acento de Jansen; pero entrañaba una súplica altiva, un «lo haré de todos modos» que sorprendía y hacía pensar en una radical transformación espiritual.

Por toda contestación, Cheryl Burton se situó en el centro de la plataforma.

El semblante de Jansen expresó un indisimulado gozo. Avanzando unos cuantos pasos se puso al lado de su amigo. Después sacó su revólver.

—Aquella fila de palancas constituyen los mandos de este ascensor—explicó señalando cuatro pequeños dispositivos con mangos de diferentes colores—. Accionando la última, la plataforma desciende y horada la tierra con sus bordes desintegradores; la segunda sirve para solidificar los materiales incandescentes o en estado líquido de manera que no se produzcan aluviones, inundaciones o derrumbamientos. Cauterizar la tierra sería la definición exacta.

Jansen hizo dos disparos casi simultáneos abatiendo las palancas cuya finalidad acababa de explicar.

Inmediatamente, sendos chorros de luz amarilla surgieron de los bordes de la plataforma, y ésta inició un suave movimiento descendente que fue ganando velocidad progresivamente.

Los dos amigos presenciaron uno de los espectáculos más alucinantes y sobrecogedores que darse pueda. A su paso a través de los estratos y capas terrestres brotaban voraces lenguas de fuego y torrentes de agua hirviente que cuajaban seguidamente formando las circulares paredes del foso. Las chispas, salpicaduras y fragmentos de

roca salían despedidos hacia arriba como impulsadas por un imán invisible.

—Es maravilloso este artefacto—dijo Renato Jansen—; reúne todas las perfecciones imaginables; perfora, solidifica, crea campos de fuerzas gravitatorias, produce oxígeno, atempera el medio ambiente. Es un legado fabuloso el que nos han hecho los fantasmas de Oldcastle. ¿Supones cuáles serán las ventajas que proporcionará su posesión a nuestro viejo mundo?

—Desaparecerán las fronteras — contestó Cheryl—; carreteras subterráneas cruzarán el globo reduciendo las distancias a inverosímiles cifras. Todos los yacimientos de metales, combustibles y piedras preciosas serán puestos al descubierto con un gasto insignificante. Sí que es maravilloso, Jansen Nuestra primera batalla contra los enemigos del más allá va a significar el mayor avance de la civilización terrestre... Pero ¡diablos, estamos cometiendo una locura imperdonable! ¡Cómo no habré caído antes! ¿Podemos detener esta máquina, Jansen?

Renato enarcó las cejas estupefacto ante aquella impulsiva reacción de su amigo.

—No podemos—replicó—. ¿Qué es lo que ocurre?

— ¡Si la perforación se lleva a cabo totalmente, el planeta Danton, de la Gran Nebulosa de Orión, se apoderará de la Tierra! ¡Es el objetivo que ellos buscaban! ¡Tenemos que retroceder como sea!

De pronto, un cielo espléndidamente iluminado por el sol se abrió sobre las cabezas de Cheryl y Renato. La plataforma había girado sobre sí misma conservando su atracción magnética, y, ahora, invertida, con los dos jóvenes de pie sobre ella, reposaba inmóvil en un montículo rodeado de vegetación. Muy lejos, al este, se distinguían los borrosos perfiles y contrastes de una gran ciudad.

—No podremos salir de aquí—dijo Cheryl refiriéndose a los haces de luz desintegradora que brotaban sin interrupción de los bordes de la plataforma—. Estamos igual de prisioneros que antes.

Renato respiraba a pleno pulmón las fragancias del aire puro del campo.

—Hace un día hermoso—declaró ignorando la sombría afirmación de su amigo—. Por nada del mundo cambiaría este supremo gozo de sentirme libre. Pronto nos descubrirán, Cheryl; y podremos ir a almorzar al mejor restaurante de la ciudad.

Renato se tendió voluptuosamente en el suelo y extendió los brazos desperezándose.

— ¿Qué decías de la Gran Nebulosa de Orión?—preguntó sin que su voz revelara la menor preocupación.

Cheryl le relató su odisea.

—No vi al «robot integral»—dijo Jansen—. Debió pulverizarse en

la caída. Mi historia es más sencilla. Cuando me dejasteis solo...

— ¡Un avión, Jansen!—exclamó Cheryl—. ¡Hagámosle señales para que nos distingan sus ocupantes!

No hubo necesidad. El resplandor luminoso de la plataforma había atraído la atención del piloto que obligó a su aparato a efectuar media docena de pasadas sobre el montículo. Después enderezó el rumbo hacia la ciudad.

Media hora después, el lugar registraba una imponente aglomeración de vehículos de todas clases, fuerzas del ejército australiano, helicópteros y aviones militares.

Cheryl y Jansen fueron al fin rescatados por medio de un helicóptero.

EPILOGO

Mi historia es más sencilla—repitió Jansen al cabo de tres días. Estaban presentes en el confortable aposento Cheryl Burton, Susana Taher y Lyonel Carradine—. Cuando me dejasteis solo, en la biblioteca de Oldcastle, me vi ante la presencia del «robot». Pude escapar milagrosamente huyendo por un pasadizo secreto que acababa de descubrir un momento antes. Horas y horas vagué completamente perdido por aquellos corredores. La pila de mi linterna se agotó. Pueden imaginarse lo desesperado de mi situación. No sé cuándo fue ni cómo, que llegué a una especie de caverna que tenía una enorme perforación circular. Allí había luz, una iluminación misteriosa que se desprendía de las paredes. También vi maquinarias y artefactos raros. De personas o animales no había rastro.

Renato hizo un alto en su relato para encender un cigarrillo. Su entristecida mirada se posó en uno de los ventanales en cuyo cristal tamborileaba monótonamente la lluvia.

—Pensando que tarde o temprano mi presencia sería advertida —prosiguió—, metí un peine nuevo en mi revólver. Sólo habían transcurrido unos cinco minutos cuando vi aparecer la plataforma Sobre ella había uno de esos seres que ustedes llaman siderales. Quiso atacarme con su emponzoñada lanceta y lo fulminé de un disparo. A continuación me coloqué sobre la plataforma con la esperanza de salir de aquel maldito agujero. Ocurrió todo lo contrario; el ascensor bajó hasta el lugar donde me encontraste. También estaba desierto. Me intrigaron las maquinarias. Husmeando entre ellas me salí del campo gravitatorio y fui a dar con los huesos en el techo. Allí fui espectador de las maniobras de los siderales y el «robot integral». En subidas y bajadas de la plataforma fueron apareciendo, yendo y viniendo. Oí hablar al «robot», primero en inglés y luego en una lengua ininteligible; aprendí el manejo de aquellos cuatro mandos, me enteré de dónde se encontraban ustedes. Y, cuando me quedé solo, logré, a duras penas, situarme nuevamente dentro de la zona magnética. Entonces manejé a placer los mandos de la plataforma; no lo hice con un propósito determinado; más bien pretendí desorganizar y abortar aquel complot cuya finalidad era un misterio todavía para mí. Finalmente apareciste tú.

Cheryl asintió gravemente.

—Todos hemos participado un poco en esta feria de los horrores —dijo—. Nos cabe algún mérito, podemos incluso vanagloriamos de ser los descubridores del enigma; pero el verdadero protagonista ha sido el azar. Tú, mi querido Jansen, maniobraste a ciegas la plataforma, sin saber que en cada viaje, en cada parada, escribías un capítulo de éxito. Tuviste la inmensa suerte de acertar todos los plenos.

—Diríase con más propiedad que Dios guió todos mis actos— manifestó Jansen modestamente—. No estoy satisfecho, sin embargo...

—Ninguno lo estamos — manifestó Susana Taher—. Era un buen muchacho Leo Salem. ¿Será posible que jamás volvamos a saber de él?

Cheryl dejó escapar una bocanada de humo. Sus azules pupilas parecían estar desprovistas de vitalidad; sólo un sutilísimo observador habría advertido en ellas la luz de un odio inaplacable.

—El falso «Sputnik V» fue destruido por algo o por alguien—dijo lentamente—. Aunque toda mi vida esté en un error, siempre creeré que Leo Salem se salió con la suya. Es el mejor recuerdo que le puedo dedicar.

James, el mayordomo pidió permiso para entrar.

—Un caballero pregunta por el señor—informó dirigiéndose a Cheryl—. No me ha querido dar su nombre pero me parece que es el mismo que vino esta mañana.

— ¿El general Kilroy?—Cheryl se levantó vivamente—. ¡Que pase en seguida!

Entró el militar y saludó cortésmente a los presentes. Cheryl hizo las presentaciones.

—Vengo a transmitirles la felicitación más cordial por parte de nuestro Gobierno—dijo Kilroy tras apoltronarse en una butaca próxima a la de Susana Taher—. Estamos orgullosos de ustedes, lo está el mundo entero. Creo que sobran en esta ocasión los tópicos con que se suele agradecer una heroica gesta, ya que se pueden suprimir diciendo que cuatro mil millones de personas les deben la vida. Hemos descubierto muchas cosas en el túnel que atraviesa la Tierra— agregó el general cambiando bruscamente el tema de la conversación —. Efectivamente, el cuartel general de los siderales estaba emplazado en los subterráneos de Oldcastle; pero las ramificaciones del eje se extienden a Asia y África, además de Europa. En tres meses la plataforma perforadora hizo más trabajo que el que hubiera realizado un millón de hombres en cien años. Nuestros técnicos ya han comenzado a iniciarse en los secretos de su funcionamiento. El primer informe explica que con el uso de dicho artefacto se allanarán

los hasta ahora insuperables problemas de locomoción y de la mundial escasez de carburantes. La Tierra ha quedado reducida a unas dimensiones insignificantes. También gracias a ustedes, desde luego.

— ¿Qué más han encontrado en las primeras exploraciones?— inquirió Cheryl ávido de noticias.

—Se han hallado infinidad de sabios en estado letárgico a los que se les había robado el cerebro. Ningún caso grave afortunadamente. Sin duda, dentro de unos cuantos meses estarán en condiciones de reintegrarse a la sociedad. Su mismo padre de usted, señorita Taher, será dado de alta antes de un mes.

—Es curioso que necesitaran tantos cerebros para «construir» un solo «robot»—extrañóse Renato Jansen.

El general Kilroy sonrió sarcástico.

— ¿Uno sólo dice usted? Y más de cincuenta habían en las salas de disección—. Ninguno vivo, afortunadamente. De haber tardado más en descubrirse el infernal complot nos hubiera tocado enfrentamos con un verdadero ejército de «robots integrales». Con la agravante de que nos hallaríamos fuera del sistema planetario, a merced del errante astro artificial generador de la energía magnética.

— ¿No encontraron ninguno de esos microscópicos siderales?— quiso saber Jansen.

—Ni rastro de ellos. Debieron huir en su astronave cuando se vieron perdidos por las maquinaciones de usted, sabiendo además que el «robot» había sido eliminado.

—A propósito de astronaves, ¿qué sabe de la que cayó en las cercanías de Gravesend ?—ahora fue Cheryl quien hizo la pregunta.

Kilroy se encogió de hombros.

—Se hacen suposiciones—replicó—. Predomina la creencia de que tuvo alguna avería cuando se dirigía a Oldcastle y se vio obligada a efectuar un aterrizaje de emergencia. Será conservada como un glorioso trofeo de guerra. Quizá un día no muy lejano nuestros científicos arranquen a la astronave los secretos que nos permitan dar el salto hacia las estrellas. Son muchas ventajas, mis queridos y admirados amigos, las que obtendremos de este primer contacto interplanetario.

Cheryl encendió un cigarrillo.

—Nos proporcionarán muchas ventajas, tantas como misterios nos envuelven—declaró—. Yo no ceso de hacerme preguntas, de día, de noche, a todas horas. ¿Por qué elegirían Oldcastle, por qué se apagaban las luces, por qué saquearon el cerebro de Charles, el jardinero, cuál ha sido la suerte de Leo Salem? Todas estas cosas quisiera saber, general.

Kilroy asintió levemente con la cabeza.

—Las sabremos—dijo—. Poco más o menos vamos teniendo una idea aproximada; yo imagino que eligieron Oldcastle... porque algún sitio tenían que elegir. Tal vez fueran propicias las condiciones geológicas del lugar, la abundancia de pasadizos o el emplazamiento del castillo; supongo que las luces se apagarían por cortocircuitos producidos por las corrientes magnéticas de la plataforma; quizá Charles supiera algo que les interesara. Son misterios relativos, señor Burton; detalles casi intrascendentes.

—La desaparición de Leo Salem no es para nosotros intrascendente—objetó Cheryl malhumorado— Es la pesadilla que nos atormenta siempre.

El general desvió su mirada de la del joven.

—Me hago cargo—dijo—. En cuanto sepamos algo de él me apresuraré a informarles. Espero no tardar mucho...

* * *

A la media hora de ser avisado, Cheryl Burton se presentó en el despacho del superintendente Bliss.

—Hasta Scotland Yard nos han llegado unos objetos que desearía trataras de identificar—dijo Bliss a su amigo al tiempo que sacaba del cajón un lápiz estilográfico, un reloj de pulsera y un encendedor automático—. ¿Te recuerdan algo?

Cheryl se quedó sin respiración. Su mirada se fijó fascinada en los objetos depositados por Bliss sobre la mesa.

— ¡Son de Salem!—exclamó como en un susurro—. ¿Dónde los han encontrado? ¡No me digas que ha muerto!...

Bliss le dio una palmada en el hombro

—Siento tener que ser yo quien te dé la noticia—dijóle apesadumbrado—. No esperes volverle a ver. Murió para salvamos de la catástrofe.

Se sucedieron unos instantes de silencio entre ambos hombres. Respetando el dolor de su amigo, el superintendente Bliss aguardó prudencialmente hasta que comprendió que el momento psicológico para proseguir no debía ser demorado.

—En Kimberley se halló otra astronave como la de Gravesend—dijo—. Dentro estaban el reloj, el lápiz y el encendedor de Leo Salem. Había restos de sus ocupantes y lancetas desintegradoras. La lucha debió ser terrible.

— ¿Quieres decir que desintegraron a Salem? —el horror se reflejó en las facciones de Cheryl.

—No está muy claro el asunto de si lo capturaron o fue él quien se apoderó de la astronave. En numerosos lugares de África se han hallado restos de enigmáticos instrumentos y mecanismos fabricados

con el mismo material que la astronave, lo que hace suponer que pertenecen al imán esferoidal que los científicos confundieron con el quinto satélite ruso. Hay quien aventura la hipótesis de que quienquiera que tripulase la astronave, un ser humano—se da por descontado—, impelió a ésta a estrellarse contra el imán destrozándolo. Por eso te dije que Leo Salem murió para salvamos de una terrible hecatombe.

—Lo presentía—murmuró Cheryl pensativamente.

Bliss recogió los objetos y los volvió a guardar en el cajón de su mesa-escritorio.

—Lo siento de veras—repitió—. Si crees que no hay lugar a dudas daré la noticia a los periódicos.

Cheryl se puso en pie.

—No hay ninguna duda—replicó—. Por un instante pareció que iba a añadir algo más, pero se arrepintió y sus labios se cerraron con una brusca contracción.

Abajo, sentada al volante de su «Jaguar», le esperaba Susana Castle.

— ¿Algún contratiempo?—preguntó la joven a Cheryl a la vez que hacía amanear el automóvil—. Te noto preocupado.

Cheryl rodeó con su brazo los hombros de ella y esbozó una sonrisa entre melancólica y alentadora.

—No ocurre nada que nos impida casamos —contestó—. Y hoy mismo, si no tienes inconveniente.

La aguja del cuentamillas saltó de un número a otro como si poseyese la maravillosa virtud de controlar el aumento de latidos de un corazón enamorado.

FIN

INDICE

Pags.

ROBERTO ALCAZAR
Y
PEDRIN

LAS AVENTURAS DE UN DETECTIVE
ESPAÑOL Y SU AYUDANTE

son conocidas por todos los buenos catadores
de aventuras gráficas.

SI USTED... no las conoce
Y GUSTA DE ESTE TIPO DE PUBLICACION
SE LAS RECOMENDAMOS

si no gusta de esta clase de aventuras
con ilustraciones

RECOMIENDELA

al chico que desee
pues se trata de la colección más

EMOCIONANTE Y SINGULAR DE CUANTAS
SE PUBLICAN EN ESTE GENERO

Creada por

EDITORIAL VALENCIANA

J A I M I T O

la publicación infantil más graciosa
e interesante

PUBLICA MENSUALMENTE

SELECCIONES DE JAIMITO

un extraordinario con
36 PÁGINAS

Rebosantes de historietas cómicas, chistes, aventuras y pasatiempos, seleccionados para diversión y recreo de los lectores.

UNA PUBLICACION CREADA

Para alegrar y divertir

¡QUE HA CONSEGUIDO SU OBJETIVO!

Léala y será de los nuestros.

NUNCA EL EXITO

de una publicación ha sido tan verdad como el
logrado por las

AVENTURAS DE
Y U K I
EL TEMERARIO

Historia de un piel roja que luchó por su honor
y por el de su tribu,

LOS CHIRICAUAS

defendiendo sus derechos y tradiciones.

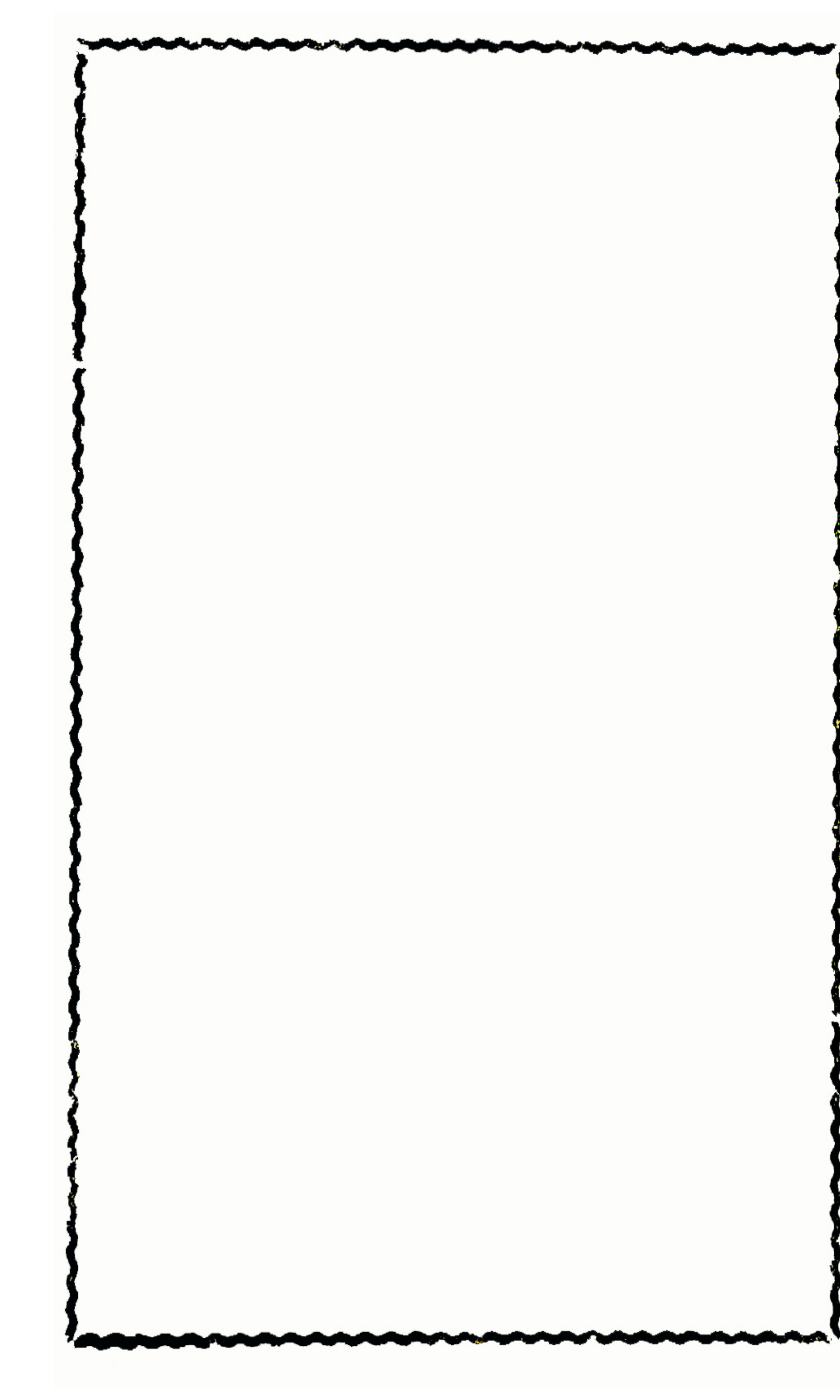
Los títulos publicados:

YUKI EL TEMERARIO
TAM TAM DE GUERRA
LA LEY DEL LATIGO
INVASION INDIA
ODIO DE RAZA
LA SOMBRA DE YUKI
JUGANDO CON LA MUERTE
EL PUENTE TRAGICO
APARECE "TORO BRAVO"
LA CELADA DE LOS NAVAJOS

GARANTIZAN EL GRAN EXITO CONSEGUIDO POR ESTAS INTERESANTES AVENTURAS GRAFICAS

Creación de

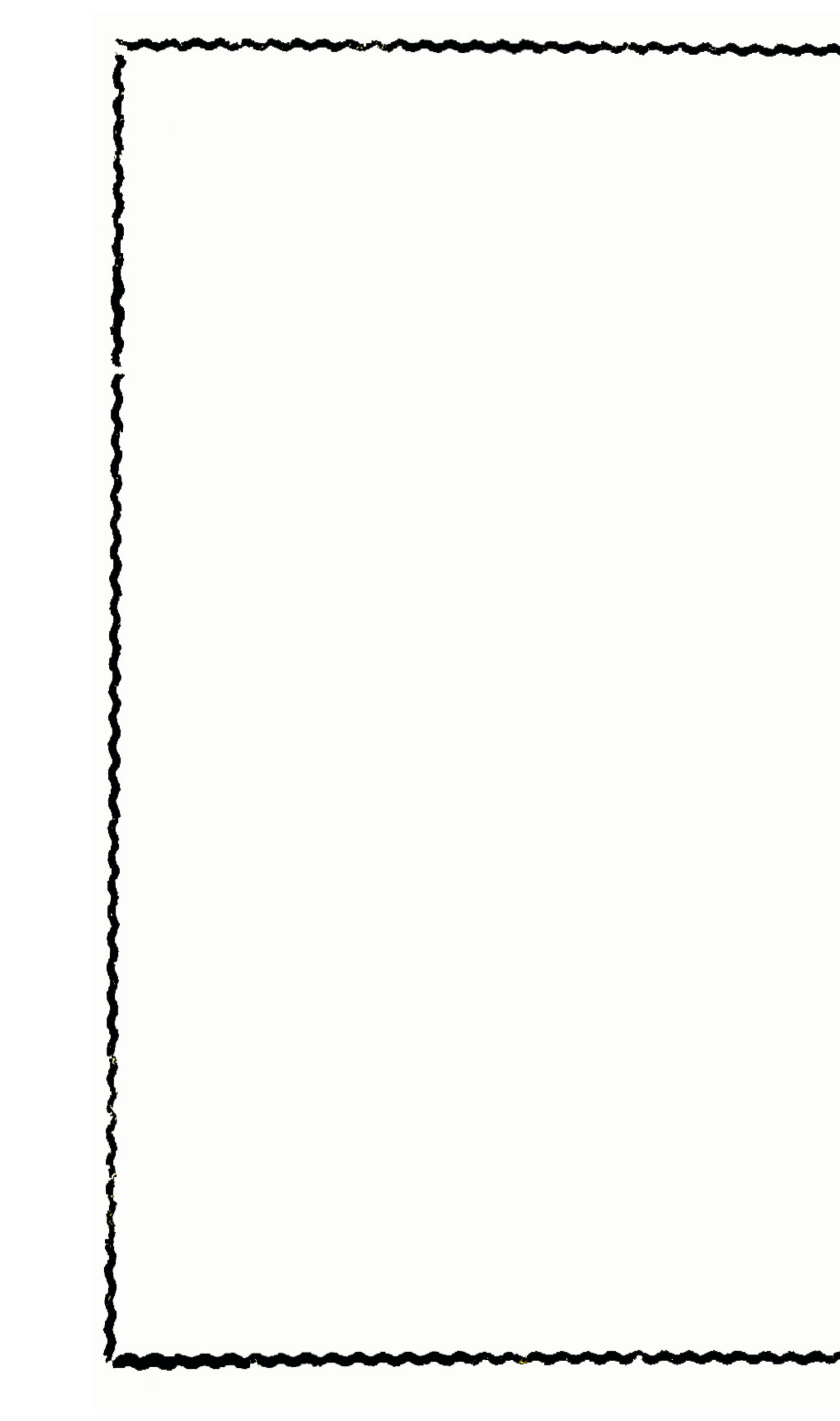
EDITORIAL VALENCIANA



COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

36. —La guerra verde, *George H. White.*
37. — Amenaza latente, *Larry Winters.*
38. —Los hombres de Noldim, *Larry Winters.*
39. —La nueva patria, *Larry Winters*.
40. —El hombre rojo de Tacom, *Walter Carrigan.*
41. —El reino de las sombras, *Walter Carrigan.*
42. —Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43. —El *Kipsedón* sucumbe, *Walter Carrigan.*
44. —Motín en Valera, *George H. White.*
45. —El enigma de los hombres planta, *George H. White.*
46. —El azote de la humanidad, *George H. White.*
47. —La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48. —Expedición el Éter, *Larry Winters.*
49. —Fugitivos en el Cosmos, *Larry Winters*
50. —Avanzadilla a la Tierra, *Larry Winters*
51. —Amor y muerte en el Sol, *Mike Gradson*
52. —Fymo, nuevo Mundo, *Joe Bennett.*
53. —Tierra de enigmas, *Joe Bennett*.
54. — Asteroide maldito, *Joe Bennett.*
55. —Operación cefeida, *Profesor Hasley*.
56. —El Atom S-2, *George H. White.*
57. —El coloso en rebeldía, *George H. White.*
58. —La bestia capitula, *George H. White.*
59. —El Enigma Cósmico, *Profesor Hasley*.
60. —Extraño Visitante, *George H. White.*
61. —Más allá del Sol, *George H. White.*
62. —Los hombres de Alfa, *Profesor Hasley*
63. —Entropía, *Profesor Hasley*.
64. —Marte, el enigmático, *George H. White*
65. — ¡Atención... Platillos volantes!, *G. H. White.*
66. —Baza diabólica, *George H. White.*
67. —Un astro en el camino, *C. Aubrey Rice*.
68. —Intruso sideral, *Profesor Hasley.*
69. —Llegó da lejos, *George H. White*
70. —Cuando el monstruo ríe, *Alf Regaldie.*
71. —Heredó un mundo, *George H. White.*
72. —Desterrados en Venus, *George H. White.*
73. —La legión del Espacio, *George H. White.*
74. —Bolas Blancas de Yereblu, *C. Aubrey Rice.*
75. —La Ciudad Submarina, *Red Arthur.*
76. —Pánico en los espacios Siderales, *Karel Sterling*.
77. —El mundo sumergido, *Profesor Hasley.*
78. —Base Sakchent núm. 1, *Profesor Hasley*
79. —Sosias Infernales, *Karel Sterling.*



80. —Can-X, *C. Aubrey Rice.*
81. —«Ellos» están aquí, *George H. White.*
82. —El enigma de C. O. 5., *Profesor Hasley.*
83. —La gran amenaza, *Profesor Hasley.*
84. —Los marea vivientes de Venus, *Karel Sterling*
85. — ¡Piedad para la Tierra!, *George H. White.*
86. —Despertar en la tierra, *Larry Winters.*
87. —El mundo perdido, *Larry Winters.*
88. —La sinfonía cósmica, *Profesor Hasley.*
89. —El hombre de ayer, *Profesor Hasley.*
90. —Lance King: Pionero del tiempo, *Karel Sterling*
91. —La muerta flota en el vacío, *C. Aubrey Rice*
92. —Cuarta dimensión, *Profesor Hasley.*
93. — ¡Luz solida!, *George H. White.*
94. —Hombres, de Titanio, *George H. White.*
95. — ¡Ha muerto el sol!, *George H. White.*
96. —Exilados de la Tierra, *George H. White.*
97. —El imperio milenario, *George H. White.*
98. —Topo-K, *Profesor Hasley.*
99. —El fin de la «Base Titán», *Profesor Hasley.*
100. —Pasaron de la Luna, *C. Aubrey Rice.*
101. —La amenaza tenebrosa, *J Negri O'hara.*
102. —El gran fin, *J. Negri O'hara.*
103. —Intriga en el año 2.000, *Profesor Hasley.*
104. — El extraño Profesor Addington, *Prof. Hasley*
105. —Sin noticias de Urano, *C. Aubrey Rice.*
106. —Acción Inaudita, *C. Aubrey Rice.*
107. —El horror invisible, *Karel Sterling.*
108. —Más allá de Plutón, *Profesor Hasley,*
109. —La revancha de Zamok, *Profesor Hasley.*
110. —Situación desesperada, *C. Aubrey Rice.*
111. —El experimento del Sr. Reliman, *J. Negri O'hara.*
112. —Los habitantes del astro sintético, *Eduardo Teixeira*
113. —Los muertos atacan, *Profesor Hasley.*
114. —La última batalla, *Prof. Hasley.*
115. —1958: Objetivo Luna, *Karel Sterling.*
116. —La amenaza de Andrómeda, *Robin Carol.*
117. —El silencio de Helión, *Robin Carol*
118. —Ventana al Infinito, *J. Negri O'hara.*
119. —El Planeta errante, *Karel Sterling.*
120. —Regreso a la patria, *George H. White.*
121. —Lucha a muerte, *George H. White.*
122. —«Cautivos del Espacio», *Joe Bennett.*
123. —Vacio siniestro, *Joe Bennett.*
124. —Detrás del Universo. *Karel Sterling.*
125. — ¡Karima!, *Prof. Hasley.*
126. —El bosque petrificado, *Prof. Hasley.*
127. —Energía «Z», *Prof. Hasley.*
128. —Fantasmas siderales, *Karel Sterling.*

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas.*